FRAY MOCHO



ATLETISMO FEMENINO

En la "carrera de banderitas"

(ELENA GNECCO)

(Ver la nota de la doble página)

Número 579

29 de mayo de 1923

Fot. Márquez



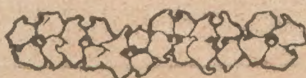
FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA

Un venerable aguaribay, cuyas ramas se reflejan en el lago de la rosaleda de Palermo.

Fot. Márquez.

FRAY MOCHO

Año XII | Buenos Aires, 29 de mayo de 1923 | Núm. 579



EL CAÑÓN DEL CAPITÁN, por Arturo MORRISON



La fama del cañón del capitán Jollyfax se extendió notablemente en la desembocadura del Támesis y costas circundantes, por muchos años a mediados del siglo diez y nueve. El cañón no era ciertamente de aspecto importante, pues no alcanzaba a tener un metro de largo y se hallaba instalado en el centro de un pequeño círculo de conchilla machacada, con un borde de piedritas iguales y cuidadosamente ordenadas, junto al asta bandera blanco del capitán Jollyfax, delante de la puerta azul de la casita del capitán Jollyfax. Pero, aunque el cañón de bronce parecía pequeño, era asombrosamente grande por el ruido, quizás no tan profundo y tonante como violento e irritado, con un repique final que parecía desgarrar los tímpanos.

El capitán Jollyfax disparaba el cañón en la mitad de nochebuena en punto, como señal para comenzar la alegre celebración de la Navidad; a las doce de la noche del 31 de diciembre, para despedir al año viejo y saludar el nuevo; el 9 de enero porque era el aniversario del funeral de Nelson; y el 28 del mismo mes porque era el aniversario de la batalla de Aliwal, entonces una victoria reciente. Lo disparaba también el día del cumpleaños de la reina, el de Waterloo, el de Trafalgar, el de San Clemente, —pues San Clemente era el patrono de la parroquia,—y en el aniversario de la batalla del Nilo. El 5 de noviembre tronaba el cañoncito durante todo el día, y tan rápidamente como podía limpiarlo y cargarlo. Lo disparaba también el día de su cumpleaños, en el de Dove, en el de Prentice, en el de Tom Blyth, y en general, en el de cualquier cumpleaños de cualquier vecino que llegara a sus oídos. También conmemoraba el cañón toda victoria que se anunciara de la guerra de Crimea y del Motín de la India, y celebraba todos los casamientos del pueblo, algunos bautismos, y en cierta ocasión su poderosa voz resonó en los espacios con motivo de haber sido ahorcado un hombre en la cárcel de una ciudad vecina.

El capitán Jollyfax era un patrón de barco, retirado, de corpulenta y rozagante presencia. Durante los intervalos entre las descargas de su cañón, pintaba su "cottage", el asta bandera, el cerco del jardín, la puerta, y cualquier otra cosa que soportara pintura, excepto el cañón, al que conservaba bien fregado y reluciente.

Pintaba el asta bandera de blanco, el cerco de verde, y el "cottage" de varios colores. El gran misterio de la casa del capitán Jollyfax consistía en qué se hacía de toda esa pintura. Pues una nueva capa sucedía a la otra en cuanto la superficie de la última estaba suficientemente seca y el consumo de pintura era muy vasto; sin embargo, el asta no parecía aumentar de diámetro, ni el cerco se convertía,—como esperaba toda persona razonable,—en una pared de pintura, sostenida por un delgado armazón de madera.

El capitán Jollyfax era un hombre popular entre todo el mundo, y particularmente entre los muchachos, a causa de su cañón. Se agolpaban junto al cerco para contemplarle en la tarea de limpiarlo y cargarlo, y el más feliz de todos era el chico que tenía el honor de hallarse más cerca del cañón cuando hacía fuego, y cuyos oídos sufrían más por ese repique final, tan delicioso para los sentidos juveniles. Los chicos soñaban de noche con aventuras imposibles cuyo éxito sería premiado con el permiso de disparar el cañón del capitán, y uno, por lo menos, concibió el siniestro proyecto de ahorrar centavos, comprar pólvora, escaparse en un descenso peligroso por la ventana de su dormitorio, y disparar clandestinamente el cañón, en medio de las sombras de la noche.

Pero si el cañón exaltaba la popularidad del capitán entre los muchachos, ocurría lo contrario con las mujeres, sobre todo las que vivían tan cerca como para sobresaltarse por el ruido. La natural desconfianza femenina de todos los cañones en todas las circunstancias, aumentaba en el caso de un cañón de bronce, que podía volar en cualquier momento conmemerativo del nutrido calendario del capitán. Y se aseguraba que la señora Billing, la viuda, que vivía al pie de la barranca y precisamente debajo de la línea de fuego del capitán había sufrido, a consecuencia de sobresaltos, la rotura de tres tazas y una fuente en un mes y de muchos cumpleaños. Y la señora Billing representaba, como de esperarse dada su situación, el enemigo principal del cañón de bronce.

De modo que, si el capitán Jollyfax hubiese llevado su cañón hasta la nave de la iglesia y lo hubiese disparado debajo del púlpito, los feligreses se habrían sorprendido mucho menos que cuando el párraco leyó el bando de matrimonio de Juan Jollyfax, soltero, y María Ana Billing, ambos de esta parroquia.

A no ser por el cañón, no había en el caso motivo alguno de sorpresa, pues el capitán Jollyfax no era tan viejo, y la señora Billing era una viuda de cuarenta y dos tan agraciada como las que se encuentra en Essex donde las viudas han sido siempre admirables. Además, no tenía hijos, que suelen ser un estorbo.

Pero el hecho era indudable, aun para los sordos, que no habían oído el bando en la iglesia, pues en la quincena siguiente, y día tras día, se vió al capitán Jollyfax y a la señora Billing, de bracete, visitando cada negocio de la calle mayor del pueblo. El resultado no fué un progreso para el comercio al menudeo de la localidad; mejor dicho, absolutamente ningún progreso. El ajuar doméstico de ambos novios se hallaba casi completo y cuando la señora Billing arrastraba triunfalmente al capitán al interior de un bazar en busca de cierta sartén o determinada parrilla, tenía la seguridad de qué semejante artículo, y aun mejor, se hallaba ya en la cocina del capitán o en la suya. No obstante, perseveraba, pues un período de compras era un preliminar indispensable a todo casamiento respetable y debía ser llevado a cabo con toda pompa y consideración; si no se compraba nada tanto más conveniente resultaba esa formalidad. La señora Billing estaba resuelta a no dejar pasar ni una sola circunstancia de distinción y de triunfo, correspondiente a la ocasión. Y el capitán Jollyfax experimentaba una notable sensación de alivio, al comprobar cada vez más, que las compras costaban tan poco. De suerte que se ponía cada vez más contento al acercarse el día de la boda, lo que, según dicen, no es comúnmente el caso.

La boda fué fijada para la mañana de cierto miércoles, y la señora Billing empleó cierta parte de la tarde anterior en la inspección orgullosa de la propiedad del capitán. Henchida con el sentimiento de la autoridad, la señora Billing apareció de pronto en el jardincito donde el capitán se había retirado mientras la señora desempeñaba sus primeras funciones de dueña de casa, y allí sorprendió a su inminente marido en el acto de retirar un palo de escoba de la boca del cañón de bronce.

—¿Qué le está haciendo a ese cañón, Juan?—preguntó más bien perentoriamente, mirado con desconfianza el arma.

—Dándole una buena fregada por adentro y por afuera,—repuso con calma el capitán.—Ya tengo listo una buena carga para mañana.

—¿Por qué para mañana?—La voz de la señora Billing era un poquito más áspera, a la vez que dirigía al cañón otra mirada de inequívoca antipatía.

—¿Por qué para mañana?—repitió asombrado el capitán.—¡Mañana es día de casamiento! En cuanto vuelva de la iglesia enciendo la mecha.

—¡De ninguna manera! Es una cosa ensordecedora y peligrosa que asusta a la gente y les sacude sus siete sentidos. No, no, no... Era más de lo que yo podía soportar cuando vivía allá abajo, y ahora voy a tener que soportarlo aquí ¡a mi lado!...

El capitán, sin poder dar crédito a lo que oía, balbuceó desconcertado:

UN GORDO EN EL GOLF



—Un poco más alto el espejo, Juan, para que pueda ver la pelota.



—¿Cómo?... ¿No disparar el cañón el día de mi boda?...

—No,—replicó con firmeza la señora Billing—ni ningún otro día. La gente creerá que es usted un chiquillo que se entretiene con este juguete. Además no puedo soportarlo aquí, a mi lado.

El asombro se desvaneció gradualmente de la cara del capitán y fué sustituído por un enrojecimiento extraordinario. Al fin declaró con firmeza:

—¡Dispararé el cañón el día de mi boda!

—¡Pero no en el de la mía!—declaró la señora Billing con firmeza no menor.—Ni entonces ni después, si soy su esposa. Saque la carga del cañón.

El capitán meneó la cabeza, con cierta expresión de triunfo en la mirada.

—No se puede sacar,—dijo,—sino disparando el cañón. Es la única manera.

—Entonces dispárelo en seguida, es decir, dentro de un momento, cuando me retire. Dispare el cañón por última vez esta noche, y acabemos con esa tontería.

—Sería inútil hoy,—dijo el ex marino.—Este cañón es mi sección y estoy resuelto a atenderla. Ahora lo cubriré con el impermeable y mañana, cuando volvamos de la iglesia, lo dispararé.

—Disparará ese cañón antes de que vaya a la iglesia con usted, Juan Jollyfax, y no lo volverá a cargar nunca más.

—Dispararé este cañón cuando volvamos de la iglesia, y después, cada vez que los acontecimientos lo reclamen.

—Capitán Juan Jollyfax: no iré a la iglesia con usted mientras no haya dado fuego al cañón. Ya lo sabe. Si no lo dispara esta noche lo hará mañana temprano. Es mi última palabra.

—Lo dispararé cada vez que se me antoje,—contestó con sorda porfía el capitán.

—Perfectamente,—replicó la viuda echando atrás la cabeza.—Pero, si desea casarse conmigo, lo disparará primero. Después... veremos. Buenas tardes, capitán Jollyfax.

Fué éste el principio de un período de vasto interés y excitación en el pueblo y distritos vecinos. El cañón del capitán permaneció silencioso toda esa noche y en la mañana siguiente. Cuáles eran los sentimientos de la señora Billing durante esas horas, si las pasó en la expectativa ansiosa de oír retumbar el cañonazo, como algunos firmaron, o se despreocupó del incidente, como ella misma confesó a una vecina, son secretos impenetrables. El capitán Jollyfax, por su parte, consultó profundamente el asunto, a la mañana siguiente, con su amigo Dove, y convinieron ambos un plan de estrategia apropiado a la localidad. Momentos antes de la hora fijada para el casamiento, el capitán Jollyfax con su mejor chaqueta azul con botones relucientes, y la gorra de visera más dura, fué a sentarse en la pared de piedra baja vecina a la iglesia. Su amigo Dove, agazapado detrás de una esquina de la misma pared, y muy molesto a causa de su pierna de palo, dirigía infatigablemente su anteojo de larga vista a la puerta del "cottage" de la señora Billing. En su calidad de vigía, Dove tenía la misión de informar inmediatamente si la señora Billing aparecía en la puerta de su casa, dispuesta a salir, con su gorra mejor; en cuyo caso, el capitán Jollyfax saldría a su encuentro para recibirla. Si no salía, el capitán se evitaría la ignominia de esperar en la iglesia a una novia que no venía.

A intervalos, el capitán Jollyfax se sacaba la pipa de la boca, y decía:

—¡Alerta!

—Sí, sí...—era la respuesta invariable.

—¿Qué ve?

—Nada más que la puerta.

Después de lo cual, la espera y la vigilancia continuaban por otros diez minutos.

Tres cuartos de hora habían pasado de la hora fijada, cuando el párraco, se asomó irritado a la puerta de la iglesia, dió una ojeada al grupo de personas que allí se había reunido, y advirtió la estrategia del capitán.

—¿Qué significa esto?—preguntó a la señora Peck que se hallaba por allí en la disimulada calidad de exploradora de la señora Billing.—¿Dónde está la señora Billing?

—La señora Billing, señor, dice que no piensa salir de su casa, mientras el capitán no dispare el cañón.

El párraco miró fijamente a la señora Peck durante quince segundos, se pasó la mano por los cabellos, una vez hacia atrás y otra hacia adelante, y luego, sin decir palabra, se retiró a la sacristía.

Dove continuó de vigía, y el grupo de vecinos esperó pacientemente hasta que la línea obscura en el reloj de sol de la iglesia señaló las doce, después de la cual pasaba el tiempo legal para contraer matrimonio. El capitán extrajo su reloj de plata y gritó, aunque Dove se hallaba a unos diez metros de distancia:

—¡Alerta!

—¡Sí! ¡sí!...

—¡Las doce!

Con lo cual, Dove sacó a su vez su reloj, lo golpeó un poco, como de costumbre, en la pierna de palo, se lo acercó al oído y luego lo miró largo rato. Por fin, después de haber restituído el reloj a un bolsillo del pantalón, cerró el anteojo de larga vista, se puso de pie y se unió a su amigo. Los dos ex marineros se encaminaron solemnemente hacia el "cottage" del capitán.

Todo ese día el cañón del capitán permaneció silencioso. Ese día y el siguiente. El tercero era primero de junio, fecha en que el capitán acostumbraba disparar el cañón en celebración de la victoria de Howe. Pero esa vez la fecha gloriosa transcurrió sin ser conmemorada, y se observó que el capitán era extraordinariamente porfiado. El cuatro, cumpleaños de Prentice, el cañón seguía silencioso.

Todo el pueblo aguzaba el oído esperando el estampido que debía anunciar la sumisión del capitán; pero el estampido no se producía. La gente se dividió en bandos; se hicieron apuestas. Se notó que el capitán se volvía taciturno, y evitaba a sus amigos. Apenas salía de su casa.

Por su parte, la señora Billing salía como de costumbre, y, como siempre, alegre y sonriente. El capitán podía hacer lo que se le antojara, decía, pero lo cierto es que no se casaría con ella, mientras la carga permaneciera en el cañón. Si quería dispararlo, bien: reflexionaría; pero ahora no estaba segura de cuál sería su respuesta.

Los días transcurrían y los amigos del capitán empezaron a preocuparse por él. Salía con la suya, pero sufría. Dove trataba de convencerle de que persistiendo en su determinación se derrotaba a sí mismo, desde que no disparaba el cañón. El capitán reflexionó seriamente sobre este aspecto de la cuestión, pero persistió.

Al llegar el 18 de junio todo el mundo esperaba el fin de la cuestión. Pues, en verdad, el aniversario de Waterloo era el motivo más solemne del año. Por primera vez, desde que el capitán se había instalado en el pueblo, el aniversario de Waterloo pasó sin ser saludado. La gente meneaba la cabeza; ¿era posible que la cosa durara tanto?

No; no podía durar tanto. Transcurrió otro día silencioso, y luego, en la noche del 19, el estampido del cañón del capitán sobresaltó una vez más al pueblo, resonando más fuerte que nunca. Los vecinos, en la cama, se incorporaron de un salto. Más de una cabeza se asomó a las ventanas, y de una ventana a otra se entabló conversaciones:

—¿Oyó? Parece que es el cañón del capitán.

—¡Por supuesto que oí! ¡El capitán ha disparado el cañón!

Y esta frase corrió de ventana a ventana, de casa a casa, de calle a calle.

Pero, en realidad, ninguno dió en la causa, un salto más brusco que el capitán Jollyfax, y esto por la excelente razón de que el cañón estaba situado casi al pie de la ventana de su dormitorio.

¡El cañón! ¡Era el cañón! ¡Alguien lo había disparado! ¡Esos muchachos! ¡Esos bandidos más que bandidos, malditos infernales muchachos! El capitán se metió un par de pantalones, se lanzó escalera abajo y se precipitó en el jardín, donde apenas se distinguía las formas a la débil luz de la luna nublada. Allí estaba el cañón, sin el impermeable que debía cubrirlo. El impermeable yacía en el suelo, a un lado... no... era una forma humana: una mujer desmayada.

El capitán se arrodilló para socorrerla y le vió la cara de cerca.

—¡Oh!—exclamó:—¡María! ¡María Ana! ¿Qué ha pasado?

La mujer entreabrió los ojos y murmuró:

—¿Es usted, Juan?... ¿Quién iba a suponer que esa maldita cosa saliera tan pronto?...

Hablan las escuelas en ruinas

El alma de la infancia es como un ave:
y un nido ríe y una escuela llora;
das la noche a la infancia: el nido sabe
entre sus pajas ofrecer el ave
la aurora.

El alma de la infancia es flor mimosa:
la escuela es triste y florecer no deja,
zumba en la escuela la rutina odiosa,
y sobre el cáliz áureo de la rosa
zumba la abeja.

¡Ay, Patria! tu haces nuestras almas ciegas
encerrando la infancia en un cubil...
No canta el ruiseñor en las bodegas...
...Y, si la infancia es flor ¿por qué le niegas
su abril?

GUERRA JUNQUEIRO.



A UNO, UNO Y MEDIO

El cliente (tomando uno de los melones más grandes).—¿No tiene manzanas más grandes que ésta?
El vendedor.—Deje esa uva en el cajón, haga el favor.

PARA OBTENER UN BIENESTAR

Con acepción general, la propagación de las enfermedades del estómago obedecen a la adulteración de los alimentos, y al abuso de las fuerzas digestivas. Se dice "tengo un buen estómago", cuando las digestiones son normales a pesar de los malos alimentos o de los excesos en los buenos. Un buen estómago equivale a la alegría, a la salud, al bienestar. Para los que sufren de molestias del estómago, podemos señalar a su consideración los resultados que se obtienen con el bicarbonato catálico, del que basta tomar cuarta o media cucharadita para dominar cualquier molestia del tubo digestivo.

Los tacones altos

Parecía suficiente y definitivamente dilucidado el asunto. Todos los higienistas, quién más, cuál menos, condenaban por antihigiénicos los altos tacones que suelen usar las señoras.

Pero ahora, en el "Daily Mail", todo un señor médico se declara partidario de los tacones altos y expone una larga serie de argumentos en su favor.

Los tacones altos, dice el doctor, obligan a los músculos de las pantorrillas a contracciones que favorecen su desarrollo.

En las campesinas, que en general llevan tacones bajos, es mucho más fácil encontrar defectos de simetría de las pantorrillas y de las piernas que en las mujeres de las ciudades; y esto se debe, no sólo a que las ciudadanas caminan habitualmente sobre superficies lisas y pulimentadas, sino al ejercicio a que las fuerza el tacón alto, que contribuye a la gracia y la ligereza del porte.

Se dice que con los tacones altos todo el peso del cuerpo gravita sobre los dedos de los pies y que esto es muy perjudicial. Nada menos cierto; está demostrado, añade el doctor, que andar sobre las puntas de los pies es un ejercicio gimnástico de primer orden y un buen remedio para los pies planos.

Las bailarinas danzan sobre las puntas de los pies, y la simetría de las líneas de sus piernas es perfecta.

Tal vez tenga razón en todo lo que dice ese señor médico; pero por sí o por no...

Lo mejor es que lleven ustedes los tacones como quieran.

EL MEJOR SITIO, por Jorge ISTA

La historia de M. Torchemoy era muy sencilla: "golfo" en 1913, comerciante en 1914, rentista en 1920 y retirado de los negocios desde esta última fecha en la encantadora villa de Tape-sur-Mahure, para librarse a las dulzuras de la pesca con caña.

La historia de M. Salopet no era mucho más complicada: vendedor de naipes transparentes en 1913, comerciante en 1914, rentista en 1920 y retirado desde entonces en la bonita villa de Crache-sur-Mahure, para templar el hilo en el agua.

Como se ve, hay a veces en la vida extrañas coincidencias de fechas y sucesos.

Los dos fueron atraídos a la comarca por astutos anuncios: río encantador, pesca abundante, etc. Habiendo adquirido uno y otro un hotelito, no tardaron en comprobar que el pescado era, en efecto, muy abundante, gracias a un depósito general de sardinas en aceite y arenques en vino blanco que había instalado la gran fábrica de conservas Toujour-Zamas.

En cuanto al Mahure, riachuelo triste y fétido, envenenaba con impresionante infalibilidad cuantos peces le tiraban, porque sus aguas estaban contaminadas por los residuos de una fábrica de productos químicos que pertenecía al diputado por el distrito, lo cual hacía imposible toda protesta.

Sólo un rinconcito, ancho apenas de dos metros, donde un riachuelo afluía en cascada, mantenía el agua en relativa pureza; había aún algunos gubios asmáticos y tres docenas de obladillas tuberculosas. Ese rincón estaba poco más o menos a la misma distancia de Tape y de Crache, y por su posesión estalló una guerra sin cuartel entre M. Torchemoy y M. Salopet.

Al principio fué en ver quién se levantaría antes para ocupar el mejor sitio. Nuestros dos rentistas, que se habían jurado levantarse tarde, saltaban del lecho antes del alba y salían a paso gimnástico, llevando copiosas provisiones para resistir todo el día sin tener que ceder el campo. El que llegaba primero tenía la inefable dicha de echar el anzuelo al agua; pero nunca la de sacarlo con provecho, porque el candidato derrotado pasaba todo el día tirando piedras y bañando el perro.

En una palabra: parecían un ministro y un ex ministro.

Para desesperar a su adversario, Torchemoy tomó una resolución muy sencilla. Provisto de un cobertor y de una almohada, acampó en el mejor sitio a media noche. Así pudo ponerse a pescar tres días seguidos desde el alba, sin coger un gubio, naturalmente.

Al cuarto día, cuando se instaló en el saliente, éste, minado por el adversario dos horas antes, se hundió de pronto y le echó al agua. Por suerte sabía nadar, y salió fácilmente del mal paso. Cuando se iba para cambiar de ropa, oyó en la sombra un murmullo diabólico, y vió luego a su desleal concurrente instalarse en su sitio.

Salopet pudo, pues, pescar a su antojo durante todo aquel día. Desgraciadamente, había olvidado los anzuelos, y no se atrevió a ir por ellos, temiendo que Torchemoy volviera durante su ausencia.

A pesar de todo, pescó, porque un pescador convencido no se para en tales minucias. No iba a descorazonarle la falta de anzuelo, cuando la falta de pesca no lo había conseguido.

A la mañana siguiente, provisto de anzuelos, vió con gran sorpresa que, a pesar de haber llegado después de las cinco de la mañana, el sitio estaba libre. Se instaló, acariciando la radiante ilusión de que tal vez Torchemoy había pillado una fluxión de pecho que daría cuenta de su vida. A las ocho llegó su mujer, medio ahogándose, y le entregó un telegrama, llegado de París, en el que le anunciaban el "crac" del Banco donde tenía su fortuna. Cuando salía a gran trote para la estación, vió a Torchemoy que llegaba, apaciblemente, a ocupar el sitio.

Llegado a París, Salopet averiguó con alegría que no había tal "crac", de lo que dedujo, con la indignación que es de suponer, que el telegrama era obra de un falsario llamado Torchemoy.

En aquellos días, un sátiro recorría las orillas del Mahure. Un anónimo denunció a Torchemoy, que fué puesto en seguida a buen recaudo. El ejemplo de procesos como los de Landrú, Bessarabo, etc., daba a Salopet la esperanza de gozar del mejor sitio tres años al menos. Pero ¡ay!, como a pesar del encarcelamiento de Torchemoy el sátiro seguía haciendo de las suyas, el juez puso en libertad al detenido cuarenta y siete días después de su detención.

El preso tuvo tiempo para madurar su revancha. Todo el mundo sabía que la señora de Salopet estaba un poco loca, era atrozmente celosa y había jurado matar a su marido a la menor traición. Desde el día siguiente llegaron a manos de la señora Salopet—hecho horrible, propio de nuestros tiempos—casi tantos anónimos como hojas de contribuciones. Estas cartas contenían relatos de adulterios, fielmente sacados de los mejores autores, en los que se substituía el nombre del protagonista por el de Salopet. Hubo escenas tremendas, y luego, el tiro.

Desgraciadamente, la esposa apuntó mal, e hirió a su marido en la molla del brazo, lo cual le impidió pescar sólo durante cinco días.

El marido aprovechó la ocasión para encerrar a la mujer en un manicomio, y pareció satisfecho de la aventura.

Llegó un día en que Torchemoy pilló no importa qué enfermedad, y murió a los seis meses. El entierro pasó por la ribera del Mahure, ante el rincón donde Salopet pescaba, apacible y sin remordimientos. Se levantó para saludar correctamente al cadáver, y se sentó de nuevo, murmurando:

—Hay que ver lo que somos: nos dejamos prender del primer cebo que vemos. ¡Ah, si los gubios fueran tan tontos como Torchemoy! Tal vez acabaría por coger uno.

Y siguió pescando.

El topo es el animal que probablemente resiste peor el hambre. Un solo día de ayuno basta para matarlo.

* * *

Las mujeres tienen que declararse en Nueva Guinea, pues los indígenas consideran impropio de su dignidad pretenderlas para casarse.

Cuando una muchacha se enamora de un mancebo, envía un trozo de cuerda a la madre o hermana del galán, las cuales advierten al joven la preferencia de que es objeto. Si le conviene, va en busca de la enamorada y se casa con ella en el acto, pues allí no existe el noviazgo.

* * *

Los monos son muy aficionados al alcohol, pero su uso los pone tuberculosos.

* * *

En proporción a su tamaño, las arañas son siete veces más fuertes que los leones.

* * *

Una chimenea de 35 metros de altura combatida por un viento fuerte, puede oscilar 25 centímetros sin caerse.

!FONDO¡,

por
Carlos Enrique HIRSCH

El viejo Tom Wills, masticando su tabaco, secaba los mostradores del almacén, lanzando de tanto en cuando una breve frase sobre sus casas de navegación, a fin de que Jorge Doop, el nuevo ayudante que le habían dado hacía dos semanas, no le creyera una "vieja bestia que nada ha visto".

Trabajaban frente a frente, dos horas cada día antes de la llegada del gerente y de los dos empleados de los señores Hopeson y Clarice, negociantes de relojes y de orfebrería. Uno de sus más importantes clientes les había rogado que tomaran a su servicio a Tom Wills, que había gastado sus fuerzas sobre la cubierta de los buques. En sus descansos en Londres había engendrado tres hijos y tres hijas, quienes, a su vez, andaban tan apurados por la carga de una numerosa progenitura, que no podían proporcionar socorros efectivos a sus venerados padres.

—Cuarenta años llevo ya de casado, y hace once que dejé el mar. He vivido con mi mujer trece años, a lo sumo.

Y añadió, sacudiendo el paño de franela con el que acababa de frotar el lado superior de una vitrina de teteras:

—¡No deja de ser chocante, bien mirado!

El joven Doop asintió con una risa algo bobalicona.

Una densa bruma roja oprimía, afuera, la parte delantera de la tienda. En el interior, el resplandor seco de las lámparas eléctricas contra ella se estrellaba. El viejo y el joven sólo tenían noción de Londres por los ruidos o por el rápido cruzar de una silueta, como sombra chinesca, sobre el cristal vertical.

—A su edad, muchacho, yo había dado ya la vuelta a la redondez de la Tierra.

—Cada uno tiene su misión en este mundo, Wills—contestó Jorge Doop.

Nada había dicho aún que hiriera, como esto, la inteligencia de Tom Wills.

Este se acarició la sotabarba, y rió como lo hacía, con tono nasal, cuando alguna sorpresa contrariaba sus habituales reflexiones, nutridas exclusivamente de mar, de rutas, de los puertos que las jalonan, de peleas a la puerta de las tabernas.

Por la tarde, cuando dejó la manivela que acababa de manejar para bajar el tablero anterior, interpeló a Jorge Doop:

—Entonces, ¿qué papel es el de usted en este mundo?

Tuvo que recordar a su compañero de trabajo la conversación de la mañana. Las horas pasadas la habían borrado de la memoria de Doop. Bien es verdad que a los diez y nueve años no se da gran importancia a una palabra abstracta, dicha por azar, o aunque sea deliberadamente.

—Mi papel, por de pronto, querido señor Wills, es salir lo más pronto posible, porque mi amiguita Nell se tiene que poner su lindo sombrero de terciopelo marrón.

—¿Se casará usted con ella?

—Es posible, y, naturalmente, puede que encuentre ella otro marido.

El adolescente creyó ver cierta perplejidad en el antiguo navegante de océanos. Por ello recurrió a una máxima:

—La buena ruta no impide el naufragio, tanto en tierra como en agua, señor Wills.

Pareció que Tom pedía consejo a la manivela que tenía entre sus manos, y que guardó donde tenía que tomarla de nuevo al día siguiente para volver a su tarea. Doop le dió las buenas noches con voz clara, que denotaba la deseada entrevista. El viejo sonrió solo en el fondo del almacén, abiertos los ojos sobre su pasada juventud.

Pasó el tiempo en ver a lo lejos la muchacha que le había gustado antes de que ella soñara en llegar a ser una envidiable señora Wills. Era hija única de una vendedora de pescado frito, que ofrecía sus honestas vituallas a los holgazanes y a los peores pillastres que pululaban por las riberas del Támesis.

El padre era nada menos que el "sailor" Growt, el guía paternal, rudo sin maldad, de Tom Wills, cuando el capitán Sam Lamfield le admitió como grumete a bordo del carbonero "British-Boy". Muy largo, estrecho, navegaba bien a plena carga y en calma; pero tambaleaba de lo lindo cuando volvía del Este, de Bombay o de Shangai "homewards". Tom Wills, sabedor de que en el próximo viaje iría ya como marinero, remojó la buena noticia con gin añejo, en novicio generoso que sabe sus obligaciones con los veteranos. Growl, húmeda el alma de bebidas y de sentimientos nobles, le llevó a cenar a casa. Su figura, aún cándida, enterneció a la vieja Growl y a Mary Growl la conmovió de amor. La linda virgen de diez y seis años se mostró sensible a la timidez que traicionaba a la emoción del marinero.

Los muchachos se vieron de nuevo en la ciudad. Partieron las alegrías del espectáculo en el circo y en el concierto. Tom Wills pagaba galantemente cada vez las dos localidades y un pastel; después, el ramo de primaveras o de rositas atereiopeladas, según el cesto de la florista, casi siempre tan pálida, las mejillas relajadas bajo el ceño triste, o los ojos que probaban a sonreir al comprador. Esto duró todo el permiso de Tom. La última noche prometió a Mary que con ella se casaría. Mary aceptó con tanta alegría, que Tom embarcó a la mañana siguiente con toda la alegría del cielo en la jaula de su pecho.

En Colombo, Growl le rogó que abriera un telegrama que el piloto había traído. El muchacho confesó su temor a las noticias que se envían a toda velocidad. El telegrama notificaba la corta enfermedad y la muerte de Mary. Los dos hombres quedaron como estúpidos. En tierra, bebieron silenciosos y cabizbajos hasta el alba, sin conseguir el olvido que exigían del alcohol: el padre, obsesionado por las gracias de su hijita; el novio, como pidiendo cuentas a Dios de tan mala suerte.

Growl conservó la costumbre de emborracharse. Se enroló con otros armadores, para no volver a ver Colombo y evitar la compañía de Tom, después de aconsejarle que se casara lo más pronto posible, si hallaba una muchacha digna de él. Como cinco años después, padre ya por tercera vez, Tom oyó decir que Growl había sido echado al agua, con un plomo atado a los pies, a media ruta de Liverpool a Río de Janeiro.

Todos estos recuerdos del pasado atravesaron el espíritu del mozo de los señores Hopeson y Clarice con tal fuerza, que tuvo buen trabajo en remover los péndulos, las copas, los vasos, la platería. Apagó las lámparas de los muros y de las mesas. La de la caja velaba tocada de verde.

Comprobó que todo estaba en orden, y, apagada la última luz, salió a la calle.

La niebla se arrastraba con olores de humos. Los transeuntes parecían larvas. El viejo titubeaba, en la imaginaria compañía de Growl. Por esta calzada había llevado a Mary abrazada por el talle. La pequeña Nell, de la que Doop le había hablado no hacía mucho, iría, tal vez, en aquel momento de la misma manera. Se cree que va a seguir siempre así, y la separación se produciría tal vez mañana. Mugió una sirena. Recordó al marino perdido en la bruma, donde el peligro abraza al navío. Recordaba que su mujer adivinaba que también él estaba peligrando. Había envejecido, aguardándole, educando robustos y hermosos a los niños que le había dado.

—¿Eres tú, por fin, mi viejecito?

Esta voz le hizo fallar el primer peldaño de la escalera. Tranquilizó a su esposa con un saludo afectuoso. Alzó la cabeza, la vió cómo le observaba, inclinada sobre la baranda, y apretó el paso.

—¿No estás enfermo?

—No.

—¡Ah, lo temía! Alabado sea Dios.

Así le acogía en otro tiempo, cuando volvía de viaje. Besó los agotados párpados que se movían sobre los ojos, húmedos y llenos de angustia. Y, al contacto de las manos temblorosas que sus manos apretaron con más expresión que el más bello poema de amor, sintió fundirse su corazón en gratitud.

Elefante sagrado

Los elefantes blancos son sagrados en Siam, en Laos y en Pegú. Son considerados como los manes vivientes de los emperadores de la India y los alojan en palacios magníficos, con numerosa servidumbre. Están revestidos de valiosas telas y joyas, tomando su comida en vajilla de oro. Se les dispensa de todo trabajo y obediencia.

Colaboradores de "Fray Mocho": Eustaquio Pellicer (hijo)



Cómo lo ve el caricaturista Pelele.

CÓMO MUEREN LOS CONQUISTADORES

Muy pocos han sido los conquistadores que, cual don Jaime I de Aragón, han muerto como cualquier otro mortal, en su cama a consecuencia de una vulgar enfermedad, rodeados de sus deudos y amigos y coronados por laureles de repetidas victorias.

La mayor parte de los grandes reyes guerreros han perecido en medio de circunstancias extrañas, cuando no a manos de asesinos o sumidos en el infortunio. La prueba más conocida de ello es la muerte de César, víctima de la conjuración del senado, capitaneada por Bruto y Casio. El mismo día en que el famoso conquistador de las Galias iba a recibir el título de rey, y momentos antes del señalado para otorgársele, los senadores le rodearon, y a una señal de Metelo Cimber, arrojáronse todos sobre él derribándolo al pie de la estatua de Pompeyo, y asestándole veintitrés puñaladas.

Harto popular es la frase "¡Tú también, Bruto!" que, cubriéndose con su toga y sin intentar siquiera defenderse, pronunció el ilustre guerrero y gran patricio al comprender, en su agonía, quién era el verdadero causante de su muerte.

César no fué el único gran conquistador que murió asesinado; la misma suerte cupo a Omar I, segundo califa de los musulmanes, a quien éstos deben principalmente la extensión de su imperio y de sus creencias.

Su asesino fué un esclavo persa llamado Abu Lulu Firuz, que habiendo pedido al califa que obligase a su amo a rebajarle el tributo que le pagaba, vió contestada su petición con una negativa.

Firuz juró vengarse, y una mañana, al entrar Omar en la mezquita de Medina, el esclavo salió de detrás de una columna y le clavó tres veces su puñal. Todos los presentes se arrojaron sobre el asesino, que después de defenderse como un desesperado y de herir a trece personas, hundió el arma en su propio pecho. Omar sobrevivió cinco días a sus heridas, sucumbiendo al fin en medio de atroces dolores.

Como dijimos no hace mucho tiempo, a la muerte de Carlos XII de Suecia, muchos de sus más fieles soldados hicieron correr la voz de que el joven conquistador había sido víctima de un asesinato, y todavía hay historiadores que opinan de la misma manera.

Ramses II de Egipto, más conocido con el nombre de Sesostris, pereció como Carlos XII, a consecuencia de una herida en la cabeza, cuya señal todavía puede verse en su momia.

Un conquistador célebre, cuya muerte permanece todavía envuelta en el misterio, fué Ciro, el rey de Persia. La opinión más corriente es que murió en el campo de batalla, derrotado por sus enemigos, y es probable que, como refiere Herodoto, fuesen éstos los masagetas, la mano de cuya reina Tomiris, había pretendido en vano el monarca persa. Dícese que esta cruel soberana hizo cortarle la cabeza y meterla en un odre lleno de sangre.

Otro rey de Persia, célebre conquistador también, Cambises, murió de una manera verdaderamente extraña. Habiéndose hecho dueño de Egipto, mandó matar a todos los animales sagrados que en aquel país se adoraban. Los sacerdotes del buey Apis predijéronle entonces que moriría antes de volver a sus Estados, y en efecto, cuando sorprendido por la noticia de una insurrección en Persia, quiso tornar a su corte, al llegar a Ecbátana cayó del caballo, con tan mala suerte, que su espada se desenvainó y se le clavó en

el pecho, cumpliéndose así el vaticinio.

Guillermo el Conquistador, de Inglaterra, murió también a consecuencia de una caída de caballo, mas no porque se le clavase arma ninguna, sino por un terrible golpe que recibió en el vientre. El accidente le ocurrió en Normandía, a donde había acudido para evitar una invasión de los barones franceses. Maltrecho y lleno de contusiones, fué trasladado a Ruán, y pocos días después falleció en un monasterio que le había dado albergue.

Lo más extraño en su muerte, fué que los encargados de custodiar su cadáver lo abandonaron, dejándolo insepulto durante muchas horas, y dando lugar a que sus mismos servidores lo despojasen de cuantos objetos de valor tenía sobre sí o en torno suyo.

Acerca de la muerte de Alejandro el Grande, que dejó de existir cuando aún no había cumplido los treinta y tres años, no andan los historiadores muy acordes. Hay quien supone que fué víctima de un veneno, y quien cree que lo fué de la vida relajada que llevó durante sus últimos años; pero lo más probable es que la verdadera causa de su muerte fuesen los excesos cometidos en un banquete celebrado pocos días antes; ya es sabido que los héroes de aquellos tiempos eran tan voraces como valientes, y Alejandro no constituía una excepción. Sea como fuere, al morir dejó un hermano imbécil, un hijo demasiado pequeño y una reina encinta, y comprendiendo que cualquiera de estos herederos sería incapaz de sostener su inmenso imperio, se despidió de sus soldados diciéndoles que sus funerales serían sangrientos, como en efecto ocurrió, por los mil disturbios y complicaciones que inmediatamente surgieron.

Si Alejandro murió por comer mucho, a otro conquistador no menos famoso, al gran Tamerlán, le mató el beber demasiado, y no vino, por cierto. Cuando este prototipo de los conquistadores asiáticos se dirigía a la China dispuesto a apoderarse de ella, fué acometido por la fiebre, y para calmar la sed que acompaña siempre a la calentura, apenas hacía otra cosa que beber agua con hielo. Tanto abusó de ella, que en pocos días empeoró, falleciendo antes de penetrar en el país de que pretendía hacerse dueño. Algunos de sus más fieles soldados, comprendiendo que su muerte significaba la ruina del imperio tártaro, tuviéronla oculta una porción de días; mas al fin descubrióse la verdad del caso, y, como aquellos valientes suponían, sobrevino la desmoralización, quedando el imperio en decadencia y la China salvada.

No han sido muchos los grandes monarcas conquistadores que han tenido la desgracia de morir prisioneros, como Napoleón I, cuyos últimos instantes no fueron seguramente todo lo gloriosos que parece debía corresponder al hombre que supo sujetar medio mundo a su capricho.

Cautivo de sus más acérrimos enemigos, lejos de su hijo y de su patria, y abandonado de todos, excepto de sus fieles partidarios Bertrand, Montholon, Gourgaud, el conde de Las Cases y O'Meara, sucumbió a larga y penosa enfermedad, sin otro consuelo en sus últimos instantes que el de ver un busto del rey de Roma, al que dirigió los más cariñosos epítetos como si se tratase efectivamente de su hijo.

MONÓLOGO SARCÁSTICO

Finis venit; venit finis.
El fin llega; llega el fin.
EZECH., VII.

¡Por qué tienes, poeta, la mirada
triste, y el rostro pálido, y opreso
por aciago dolor el suspirante
pecho? ¡Qué! ¿No te basta con ser bueno?
¡Hoy es día de fiesta! ¡Soñador,
alégrate! ¿Lo ves? Hoy más inquietos
van en ronda triunfal los pajarillos
a la selva y el sol rutila espléndido...
¿Y tú estás triste? ¡Quita! ¡Vé a la calle!
Yazga en olvido tu deseo cruento
de buscar lo absoluto! de ser lógico!
de brindarte áurea copa de veneno!
Olvida... ¡Si es tan fácil! ¿No ves cómo
todos olvidan? Todo vale menos
que tu dolor... ¿Qué importa si la mano
que ayer te acariciaba, rudo acero
te sepulta en la espalda? Si los labios
que tuyos, dulcemente tuyos fueron
hoy te maldicen? Si tuviste siempre
los brazos ¡ah! de par en par abiertos
y cuando amante los cerraste y cándido
mordió en tu pecho el áspid traicionero?
Si siempre perdonaste y cuando un día
tu llegaste a faltar, un duro ceño
te dijo: "no hay perdón"? Si por tu armónica
vida flexible de aticismo excelso
hallaste sólo rigidez, y el mundo
fué siempre un sacerdote torvo y fiero
cual los de ciertas religiones bárbaras?
¡El mundo está de fiesta, el mundo es bueno!

¡Alégrate, oh Augusto! ¡Vive ahora!
¡Vuelve al festín y ríe, ríe!... ¿Lloras?

Augusto Cortina Aravena

Nota.—En la colaboración anterior de este autor, aparecida en el Nº 877, se deslizó un "lapsus". El título de la poesía es "Tributo a la humildad".

Las maravillas del radio

Las radiaciones del radium pueden transformar los diamantes amarillentos de escaso valor en gemas de delicado color de esmeralda mediante un procedimiento que ha sido descubierto por el Departamento de Minas de los Estados Unidos. Los diamantes más bellos serán relativamente muy baratos. El tono y el brillo así adquiridos son definitivos y resisten a los ácidos más potentes.

CRÓNICAS. — La verdadera vida

A veces hay en nosotros como un resurgimiento, mejor dicho, como un retorno a los sentimientos y las ideas sencillas y suaves que acariciaron nuestro corazón cuando se abrió a la vida... Y es como un milagro que nos llena de luz el alma y de un resplandor suave y místico nuestro mundo interior: nuestros ojos, cansados de brillar con odio, se desfruncen y toman una dulce expresión de angelicalidad y dulzura; nuestras manos, fatigadas de estár siempre crispadas, se han abatido a lo largo de nuestro cuerpo, que, en la ciudad, comienza a perder su energía y su ligereza y se torna en una cosa fofa y triste, con una tristeza tan honda como si naciera del alma y del pensamiento; y nuestra alma siente también como una suave caricia de un viento fino y fresco que la hablara de nuestras viejas sensaciones y recuerdos, de los cariños muertos, de los muertos queridos con una suave y dulcísima serenidad.

¡Parece que en la resurrección nos hemos encontrado a nosotros mismos... y miramos las cosas como si todo en nosotros acabara de nacer, con un candor infantil que nos hace amarlo todo con un hondo cariño maternal!...

¿Qué milagro es este?...

¡Oh, sí!: es que nos hemos salido de la ciudad, y estamos en el campo!...

El aire nos azota muy dulcemente el rostro y las manos y se filtra a través de nuestros vestidos para poner millones de besos en nuestras carnes martirizadas por la permanencia en la ciudad canalla;... el sol nos llena de besos también... Y nuestra boca y nuestros ojos y todo en nosotros sonríe de un modo nuevo, con una honda dulzura que nos llena de paz. Vamos caminando lentamente por entre encinares y pinares majestuosos, subiendo y bajando colinas, saltando regatos donde nuestro pie, al hollar las plantas, hace estallar todo un mundo oculto de extraños y penetrantes perfumes silvestres; la ciudad ha desaparecido de nuestros ojos, que descansan, como los de *Jacinto*, "en los musgos, céspedes, margaritas y flores de trébol, de que nuestras pobres pupilas andaban anhelantes"..., y que matizan el paisaje en paz y en quietud... Un pastor reposa en la ladera de una montaña, echado al sol sobre unas rocas cubiertas de musgo, a la caricia del sol de la tarde... Las ovejas y las cabras, muy lejos de él, aquí y allá esparcidas, van pastando perezosamente mecidas por los esquilones. En un vallecillo por donde se desliza una cinta de agua muy clara, un labriego guía una yunta y rotura un bancal, lenta, muy lentamente, como si hombre y bestias vivieran en país idílico donde no se conociese el desasosiego ni el dolor del deber y del trabajo... Por las laderas trepa un apretado batallón de frutales cargados de flores, blancas, rojas. Nadie. Sólo, allá, al fondo del valle, junto a varios cobertizos de paja, el techo gris de una casita humea lentamente en la dulce agonía de la tarde...

Sin querer, mis labios se han movido para decir con una emoción profunda: "¡La verdadera vida!..." Me ha parecido que la Naturaleza infundía en mí uno de aquellos espíritus fuertes de la Biblia..., y he pensado entonces que la verdadera, que la única paz y la única ventura de los hombres, está aquí, aquí, en este templo de la Naturaleza..., en una casa perdida entre encinares, entre pinares perfumados, entre frutales estallados de flores, junto a una mujer querida que nos llene de sonrisas el alma y los labios.

¡Nunca he echado tanto de menos como en este instante, una dicha humildísima, perdida entre montañas, lejos de la civilización de *Jacinto*, pudiendo reposar mi cabeza en el pecho de la mujer amada, recordando la frase excelente de Plinio, cuando decía que sólo pedía a los dioses para su vejez "una conciencia tranquila junto a un hogar lleno de lumbre..."

Y nunca, tampoco, se han movido mis labios con más convicción, para decirme a mí mismo, como si me hablara un patriarca bíblico:

"¡Que no te falte nunca en tu casa ni agua, ni fuego, ni mujer, ni limón! ¡El pan no es tan necesario a tu cuerpo, como la voz y la caricia de la mujer amada lo es a tu espíritu! ¡El hambre no te matará: te matará la tristeza de verte solo, de no tener junto a ti una mujer que te cuide y que te acompañe, y que ría y llore con tu corazón! ¡Y cuando un gran viento de la Naturaleza o de los que los hombres desatan para asolar el mundo, arrase tu viña y te veas mísero y lleno de pesadumbre, odiándolo todo y con furiosas ansias de ser tú también *hombre* y morder y matar y manchar de sangre tus manos..., huye de la ciudad, vete a tu choza, y enciérrate allí con tu mujer y con tus hijos..., y sal luego a la puerta, y, junto a ellos, mira el campo, el sol y el cielo, y se serenará tu alma y sentirás la voz del Señor en tu corazón, que te dice: "¡Bienaventurado tú, que has elegido la verdadera vida!..."

NAVE FANTASMA

(Del libro en preparación: "Las naves azules").

Pálido argonauta,
triste navegante
que te envejeciste sobre los navíos
en mares distantes,
dime si a una pena logra dar olvido
la canción profunda de lejanos mares,
de remotas tierras,
de viejas ciudades;
si flotando el alma sobre las borrascas
se esfuman los graves,
dolientes recuerdos, de amores perdidos...

Dijo el navegante:
—Que nos dé descanso
sólo hay una nave.
Ella nos conduce por los turbulentos
y tranquilos mares
de la vida..., pero,
no ha logrado nadie
saber quién la guía, ni de dónde viene,
ni hacia dónde parte!

Eduardo M. OCAMPO.

IRREMEDIABLEMENTE



—Tome una moneda y váyase de una vez.
—De ninguna manera, señor. Ahora tengo que cantarle cuatro o cinco cosas más para demostrarle mi gratitud.

El descanso de Napoleón

Napoleón tenía el envidable don de conciliar el sueño siempre que quería, inmediatamente, a cualquier hora, en cualquier lugar y por grandes que fuesen sus preocupaciones del momento.

En Butzen, cuando aguardaba impaciente la llegada del ejército de Ney, para asaltar con todas sus fuerzas al enemigo, fué advertido de que su mariscal tardaría en reunírsele dos o tres horas.

La batalla, empeñadísima, seguía desenvolviéndose en una tremenda lucha de artillería.

Napoleón dió algunas órdenes para la prosecución del combate, y después mandó que le tendiesen un capote en el suelo; se echó encima, previniendo que le llamasen si a las dos horas justas no se había despertado, y se durmió.

La batalla continuaba. Una bomba estalló a muy pequeña distancia del emperador; pero Napoleón no era hombre que se desvelase por tan poca cosa.

Ordinariamente, cuando no estaba en campaña, se acostaba a media noche y dormía profundamente durante tres horas. A las tres se despertaba, saltaba del lecho, se envolvía en una bata y se trasladaba a su gabinete de trabajo, donde despachaba con sus secretarios los más importantes asuntos. A las cinco se volvía a la cama y volvía a dormir hasta las siete.

Asombraba que un hombre de tal actividad pudiese vivir dedicando tan escasas horas al descanso.

Se recuerda un episodio bastante significativo:

Su secretario, Méneval, cuya salud se había quebrantado por el exceso de trabajo, escribió cierto día a su esposa una carta que comenzaba así: "¡Desde hace treinta horas no he abandonado un solo minuto el gabinete del emperador!"

Napoleón se enteró, y dijo por todo comentario:

—Méneval se lamenta del mucho trabajo, ¡y tiene tiempo para escribir a su mujer!

SINGULAR AVENTURA DE LOS MOLINOS DE MICHEO



SANCHO MATIENZO. — Advierta vuesamerced que lo que se le figura monstruoso gigante... no pasa de ser las paletas de un ventilador de fonda.

Dib. de Rojas.

El poeta Bóveda en Buenos Aires

por L. M.ª A.

Es muy agasajado actualmente en Buenos Aires el poeta Javier Bóveda. (Xavier Bóveda, como él firma). Hablar de los méritos de poeta que definen a Javier Bóveda y le colocan entre los elegidos, sería ocioso. Hasta pueril. Javier Bóveda es de los consagrados. Sus páginas poéticas le han mostrado como un artífice del verso. El, que es de los nuevos, tiene un lugar fraterno a la vera de Montaner, de Machado, de los contemporáneos grandes. Su espíritu poético es bien hispano. Ha nacido Bóveda en la muy dulce y plácida Galicia. En la Galicia de las verdes praderas, la de los emotivos atardeceres. Es hijo de "la divina campiña gallega, la más bella y eglógica campiña de España. Bóveda no es un rimador de lugares comunes. Por sobre otras cualidades, Bóveda ha rimado la Naturaleza. Sus trabajos le muestran como el poeta que más se ha acercado a la Naturaleza con una inquietud humana. El ha sentido, como pocos, el íntimo goce del contacto con lo creado. Lo que los libros, para él, entonces, inéditos, no le dijeron, se lo descubrió en un sereno instante, de recogida contemplación, el milagro panteísta de la pródiga e inmensa Naturaleza. "Sentí—ha dicho el poeta en una de sus conferencias—sentí que en el alma del paisaje aleutaba algo humano y un momento hubo en que, yo mismo me sentí, en mi espíritu, una escueta prolongación, una síntesis pensante del grandioso panorama que atalayaba." En toda su obra poética, aparece, como un culto, su grande y santo amor por la Naturaleza. Hoy, cuando la mayoría de los poetas hacen de la poesía algo de más prosaísmo que la infame prosa periodística, bienvenidos sean los espíritus selectos, cual Javier Bóveda. Ellos traen como una ráfaga de verdadera poesía. De esa poesía que es arte y es vida...

Bóveda es un muchacho joven. Ha vivido—con penas y alegrías...—veinte y cinco años. Su mayor amor es su madrecita. Su segundo amor: el paisaje. Bóveda ama íntimamente el paisaje. Son exactísimas las palabras de Sassone: "Este hombre, que gusta de rimar y armonizar sus emociones, siente tan profundamente el paisaje, su paisaje de Galicia, que en la locura de su panteísmo se juzga parte integrante de él. "Tal cualidad de poeta, la de su amor por el paisaje, merece franco elogio. "Si el poeta francés dijo que la imaginación hace el paisaje, la imaginación de Javier Bóveda se finge toda el alma como un bosque de pinos en cuyas ramas eólicas cantara el viento musical de su verso todas las evocaciones, todas las nostalgias, toda la "morriña" de su nativo lar".

Bóveda intenta de tarde en tarde, la novela. Mas Bóveda no es un novelista. Es sólo un gran poeta. ¡Cuán gratas al espíritu son sus poesías!... En sus poesías el ritmo es siempre fácil. Las metáforas son bellas. Nunca son producto de rebuscamientos. Grandmontagne ha dicho que los madrigales de Bóveda, como toda su obra poética, están escritos en castellano puro, limpio, sonoro, y que sus versos ocuparán un día puesto destacado en las antologías. Ya han empezado a ocuparlo. En Madrid su obra interesa sobremanera. La ciudad capital, que hace nueve años fuera el escenario de su primer vagabundeo literario—el poeta tenía entonces diez y seis y colaboraba en "La Esfera", —es la ciudad de sus triunfos. En ella tiene él su Mecenas. ¿Existen Mecenas en nuestros tiempos? Sí... Y el de Javier Bóveda es el muy ilustre señor Gabino Bugallal, conde de Bugallal, ex presidente del Consejo de Ministros y actual presidente del Congreso. Bóveda le tiene en grande estima. Recuerda su nombre devotamente. No es desagradecido...

La obra poética de Javier Bóveda es vastísima. (No vamos a descubrirla nosotros...) Ha publicado cinco volúmenes de poesía: "El madrigal de las hermosas", "Epistolario romántico y espiritual", "Los poemas de los pinos", "La Luna, el Alma y la Amada" y "De los pasos gallegos". Su libro más popular en España es "Los poemas de los pinos". En "Los poemas de los pinos"—acabamos de hojear el volumen—Bóveda aparece en toda su magnitud de poeta nada adocenado. Es el hombre intituivo, es el hombre amante de la Naturaleza. Su admiración por el paisaje gallego está traducida en páginas notables en "Los poemas de los pinos". No en balde le han parecido estos versos a Benavente "modelos admirables de sencillez, de emoción, de delicadeza".

Un retrato físico del poeta. Lo ha hecho un escritor gallego, Linares Rivas, así: "Su melena es hirsuta; su frente ancha y lisa; sus ojos de color nogal, serenos, graves, cándidos; sus pómulos salientes; sus labios golosos; su mentón cuadrado como el de los hombres de recia voluntad". La fotografía es exacta. Javier Bóveda es, además, pequeñín. Es muy simpático. Es un conversador infatigable. Y es un hombre de recia voluntad. Ahora ama. ¿Quién es la Amada? Es una chica distinguida, buena. Se ha enamorado de él locamente. El poeta corresponde la pasión. Mas se irá a España el 2 de junio... No desea dejar "las tres sentimentales". Javier Bóveda es un hombre de "recia voluntad". Es gallego...

MIS PEQUEÑOS Y MIS MUSAS

A la distinguida profesora normal, retirada, señorita Rosalía Pubill; en cuyo exquisito espíritu las emociones del aula vibran aún.

Día del maestro

—¡Señor! buenos días, feliz hoy lo pase!...
—¡Señor, yo le traigo!... ¡Señor, yo también!...
—Silencio... más orden... más calma, pequeños...
¡Paciencia un instante, con todos seré!
¡Oh, grato prodigio de vernos queridos,
maestros del orbe labriegos de luz,
y hallar nuestra mesa fragante de rosas
y que es cada almita sonoro laúd!...
Un cuadro... un tintero dorado... una planta...
Y hasta un gorrioncillo... (¡Oh, dulce simpleza!)
Que pía muy triste, tal vez evocando
sus libres campiñas y el nido que deja.
Y todo entre ingenuas sonrisas que dicen
que adentro repican campanas de fiesta
y que es sol de glorias el sol de los rostros
porque hay en las almas cien alas abiertas!
¡También tú, el rebelde, con cara de fiesta?...
¡Es que hoy te domina tu gran corazón!
¡También me traes flores! ¡Poética idea!
¡Tenías el alma lo mismo que yo!...
Mil gracias, muchachos, mil gracias por todo,
y más que por todo, por vuestro contento
que hoy dióme la suma de las emociones
que encierran dos gritos: Poeta y Maestro.
Mil gracias pequeños, mil gracias por todo.
Y tú, el de los nidos, menudo ladrón,
¡corre que te corro por tu mala obra!...
¡Corre que te alcanzo mi gran salteador!...
...Pero no... cesemos en tan loco empeño,
la Pedagogía nos manda tener
más serio ascendiente sobre este rebaño...
¡Maestro, retente! ¡Corazón, también!

Viejo pizarrón...

Diciembre. Vacaciones. Ya no suenan
los alegres rumores del recreo;
los mapas y los héroes esperan
en ambiente nostálgico y austero...
Todo este mundo inerte que otros días
pareció cobrar vida, hoy está yerto.
Las mesas y los bancos están solos,
un hálito de ausencia flota en ellos.
Tú, viejo pizarrón ya blanquecino
parece que meditas en silencio
cómo pasa la vida y cómo es triste
el sereno alborear de los recuerdos.
Un arador anciano se me antoja
la faz de tu benéfico tablero;
un arador cansado de ir guiando
la rectitud del surco en sus terrenos.
¡Pobre viejo que añoras la caricia
del puñito infantil que iba siguiendo
con movimiento trémulo y constante
de la frase insigne derrotero!...
De aquellas manecitas que tanteaban
tendidas al futuro, y que en su esfuerzo,
al bosquejar el trazo te oprimían
con el contacto lírico de un beso!
¿Recuerdas? Recubierto te dejaban
de vacilantes signos, y un abuelo
era tu gran rectángulo gastado,
frente a sus proles, consejero y bueno.
¡Y las horas aquellas!... ¿Las recuerdas?
Cuando en todos sus ojos había anhelo
porque lucía tu faz bello paisaje
que los llenaba de afanoso empeño?
¿Y cuando te rodeaba la gran rueda
de morochos y rubios pequeñuelos
deletreando feliz, con ese tono
que nos torna en canción lo más severo?...
Hoy todo es diferente. Esta mañana,
he visto largas huellas en tu cuerpo;
tal como el llanto de invisibles ojos
sobre tu añoso marco descendiendo.
Tan intensa fué tu obra, pobre amigo,
que ya la vetustez de tu madero,
de alimentar la estufa en noches crudas
ha despertado en alguien el deseo...
Mas no he de permitir que te destruyan,
rodarás al rincón de mis trofeos;
serás allí el vestigio de la obra,
jamás querré que se te arroje al fuego!

Así también quizás un bello día
yo ruede como tú, mudo y sereno,
con nieve en el cabello y con olvido
al piadoso rincón de un cementerio.

Mario Martínez Del Río

VERIDICO



—Sí, señor; el asaltante me robó el reloj, la cartera, el pañuelo, todo, en fin.
—¿Y no llevaba usted un revólver cargado?
—Sí, pero... ¡no lo encontró!

Aforismos de la Fisiología del Gusto de Brillat Savarin

I. Lo único que vale en el Universo es la vida; todo lo que vive se nutre.

II. Los animales se sacian; el hombre come; sólo el discreto sabe comer.

III. El destino de las naciones depende del modo que tienen de nutrirse.

IV. Dime lo qué comes y te diré quién eres.

V. El Creador, obligando al hombre a alimentarse, lo invita por el apetito y lo recompensa por el placer.

VI. La golosina es un acto de nuestro juicio por el que concedemos preferencia a las cosas que nos son agradables al gusto.

VII. El placer de la mesa es de todas las edades, de todas las condiciones, de todos los países y de todos los días; se asocia a todos los demás placeres y es el último que nos permanece fiel y nos consuela de la pérdida de los demás.

VIII. Los que se indigestan o se embriagan no saben ni comer ni beber.

IX. El orden de los comestibles es: de los más sustanciosos a los más ligeros. El de las bebidas: de las menos embriagantes a las más aromáticas.

X. La cualidad más indispensable del cocinero es la exactitud. Debe serlo también el convidado.

XI. Esperar mucho tiempo a un invitado es falta de cortesía a los que están ya presentes.

XII. La dueña de casa debe asegurarse de que el café es excelente. El dueño, de que los licores son de primera calidad.

XIII. Invitar a alguien es encargarse de su dicha durante todo el tiempo que permanezca en nuestra casa.

Psicología del buen fondo

Ninguno de los filósofos conocidos, desde Platón hasta Gache, se ha ocupado hasta la fecha de un asunto de tan vital importancia. Y si lo ha hecho, que nosotros lo ignoramos, no dado al "buen fondo" toda la trascendencia que él tiene en la vida de relación.

Definiremos al buen fondo como: la síntesis de la buena educación.

Sabido es que en el vértigo incesante que la ciencia ha hecho de nuestra vida moderna, la síntesis es la suprema conquista del espíritu. En todos los órdenes de la actividad humana, ella ha determinado el triunfo de la inteligencia del hombre sobre el tiempo y el espacio. El aeroplano ha suplantado a la carreta chirriante y cansina; la radiotelefonía al chasque primitivo y hasta se habla ya de ciertas píldoras nutritivas, sistema de alimentación sintética, destinado a abolir la gastronomía y a suprimir los intestinos por atrofia.

En el mismo orden de cosas, el buen fondo está llamado a suplantar la educación y los buenos modales. ¿Qué necesidad de esforzarnos en ser corteses y educados? ¿Para qué reprimir de acuerdo a los preceptos de la buena crianza nuestros arranques, nuestros prontos y nuestros malos humores? El buen fondo está destinado a ahorrarnos la violencia de esa represión. No hay duda pues, que de acuerdo a las modernas tendencias sintéticas, es un valioso descubrimiento. En adelante podremos ser guarangos, desatentos y malcriados; podremos ofender tranquilamente al prójimo con palabras roeces y modales groseros. Bastará para ello que nuestro prójimo sepa que tenemos buen fondo.

Entraremos en nuestra casa gruñendo y renegando. En la puerta de calle daremos un puntapié al perro y sendos cachetazos a los chicos que salen a recibirnos. Pediremos a gritos la comida y si no está lista, insultaremos a nuestra esposa, y si lo está, la insultaremos lo mismo, con cualquier pretexto: que está sosa, que está salada, que está fría o caliente, o quemada o cruda. Ni la esposa, ni los chicos ni el perro, tienen derecho a protestar o quejarse. ¡No, señor!, demasiado saben ellos que esto no es más que un mal momento, pero que tenemos buen fondo.

Con nuestros amigos podremos proceder de igual manera. No concurriremos a las citas que les damos o nos dan. No les devolveremos jamás el dinero que nos prestan. Si vamos en el tranvía y hay un solo asiento desocupado, nos sentaremos muy orondos dejándoles de pie. Y podremos insultarlos, explotarlos con toda tranquilidad de conciencia, puesto que ellos saben que "en el fondo"...

Como se ve, el buen fondo es un elemento que pone a quien lo posee a cubierto de las tiránicas exigencias de la lógica, del buen sentido y de la buena crianza.

Un ejemplo típico de hombre de buen fondo es el que ofrece D. Francisco Pérez, inspector de ferias y mercados y persona de nuestra relación. Tiene este buen señor un carácter verdaderamente intolerable, hasta el punto de que cuando entra en su casa, desde su esposa hasta el último bicho del gallinero, comienzan a temblar como a la vista de un animal apocalíptico.

Sabe D. Francisco (y esta es la causa de su perpetuo humor atrabiliario) que en punto a cultura, a ilustración



y espiritualidad, le lleva su esposa la media arroba. Y todo ha sido convencerse de ello, para que empezara nuestro hombre a deprimirla con insultos y groserías, medio eficaz de dejar sentada su imaginaria superioridad. Le ha quitado a su media naranja todo derecho de opinión; no puede aconsejar ni reprender a los hijos, bastante mal criados por cierto; no le es permitido tampoco dedicarse a sus aficiones artísticas, ni leer, ni hablar, ni pensar.



No ignora ella la causa recóndita de tan inicuo proceder y con encomiable paciencia, por temor quizá, tal vez por amor a su ogro, trata siempre de buscar una disculpa a sus desplantes.

—No; si son prontos, arrebatos, malos humores; pero Paco no es malo en el fondo.

Dice, aunque en su fuero interno debe pensar con amargura en los quince años que lleva sondeando, buceando en procura de ese buen fondo que solamente existe en su corazón de esposa ejemplar.

Tan óptimos resultados ha obtenido en su hogar nuestro señor D. Francisco con su método del buen fondo, que ha extendido el radio de su aplicación a sus parientes consanguíneos y afines y hasta al círculo de sus amistades más allegadas. Y aquí se multiplica la actividad constructiva de la buena esposa, para convencer a todas las víctimas de las perrerías e impertinencias de su excelente cónyuge de que éste tiene un fondo encantador.

En más de una ocasión hemos tenido oportunidad de ser víctimas del buen fondo de este señor. Días pasados, discutíamos con él sobre un tópico de arte, y nuestros argumentos eran axiomáticos, evidentes, incontrovertibles. D. Francisco rebatió nuestra argumentación con afirmaciones descabelladas, se contradijo; sostuvo arbitrariamente principios falsos, conclusiones hueras y sofísticas. Vociferó tildándonos de imbéciles y cerró la discusión con este argumento inobjetable: "Cállese la boca, mi amigo. ¿Qué me va a discutir a mí de estas cosas?"

Durante el transcurso de la polémica, D. Francisco aplicó terribles puñetazos sobre la mesa; accionó como un polichinela y nos endilgó todo un rosario de epítetos despectivos.

Nosotros, prudentes como es menester que lo seamos para no echar un mentís a nuestra proverbial cultura, reprimimos el deseo tiránico que sentíamos de romperle en la cabeza a D. Francisco la silla en que estábamos sentados, y dimos término a la discusión con un discreto silencio, pues sabíamos demasiado bien que aquél nos argumentaba por simple espíritu de contradicción, pero que "en el fondo", pensaba como nosotros.

Indudablemente, el buen fondo de las personas está en razón directa de nuestra conformidad y paciencia; pues a buen seguro que sería muy otro el tratamiento que nos dieran, si fuéramos a nuestra vez groseros, violentos y atrabiliarios.

Así hemos visto a este buen señor D. Francisco que, para tranquilidad de algún posible homónimo, igual puede llamarse Jacinto que Luciano, tornarse suave, obsequioso y genuflexo, al dirigirse a sus jefes con la sonrisa estereotipada en los labios. ¿Será que esos jefes han encontrado el buen fondo de D. Francisco? Ni por pienso, que no es esto buen fondo sino buena forma; fingimiento de cultura que "en el fondo" no posee, porque este señor, amable y cortés al parecer, es en el fondo un reverendo pillo.

Cuando el hombre de buen fondo se mete a político, será inconsecuente con sus correligionarios; esquilmará al pueblo sorbiendo con toda frescura las rentas fiscales y prometerá en víspera de elecciones el oro y el moro, sin la más remota idea de cumplir. Lo mismo el pueblo que sus correligionarios pensarán que su incumplimiento obedece a causas superiores a su voluntad y quizá, tal vez, más adelante... porque después de todo, tiene buen fondo.

Como se ve, esta del buen fondo es una adquisición insuperable. Tan sólo ofrece un leve inconveniente y es el de exigir cierto tacto en su aplicación. En el hogar puede usarse con toda confianza; con los amigos íntimos, su empleo tampoco ofrece mayores peligros. Ahora, en lo tocante a su aplicación entre personas extrañas y de carácter dudoso, debe emplearse con ciertas precauciones, pues se corre el riesgo de que esas personas, ignorando tal vez que tenemos buen fondo, nos estropeen la forma.

Alberto Larran de Vere

Buenos Aires, 1923.

Dib. de Martínez Ferrer.

FABULAS, por Montiel BALLESTEROS

El hornero

Cuando el hornero vió venir al hombre con sus herramientas, limpiar el terreno, hacer excavaciones, lo saludó con su voz simple y buena:

—Buen día, hermano; ¿vamos a trabajar?...

—Es verdad, contestó el hombre.

El pájaro arquitecto se buscó una horqueta en un tronco propicio y también inició su fábrica.

Acarreó su barro, sus pastitos secos y, satisfecho de su obra, cantaba.

Finalizó su labor y lamentaba no poder ayudar al hombre, que lidiaba con las piedras, con los ladrillos, con los tirantes pesados.

A la aurora lo recordaba con su canto. A la oración le gritaba:

—Bueno, hermano, basta.

El obrero suspendía su tarea y sentábase ensimismado, suspirando, sin encontrar placer en la vista del campo lleno de paz, del cielo cuajado de estrellas.

El pájaro reflexionaba:

—El hombre no está alegre... ¿Por qué?... Es tan lindo trabajar, hacer su casita...

—¿Estará cansado?... Ya vendrá la compensación cuando traiga su familia, en la que debe pensar ahora.

La casa se levantó fuerte y graciosa. Reían sus paredes claras, sus ventanas verdes, su techo rojo.

—Si yo no supiese construir mi palacio confortable, te envidiaría, lo elogiaba el hornero.

Por el camino se vió una nube de tierra; se sintió el rumor de un carro aproximándose.

Venía la familia del hombre...

El hornero les dió la bienvenida en su algarabía, con sus gritos repiqueteantes como el martillo del herrero cantando sobre el yunque.

Pero, sorprendido de no ver jubiloso al obreró, y mirándole irse, le interrogó:

—Oh, ¿y ahora que te hiciste tu casa te vas?

—¡Mi casa!, se dolió el trabajador: ¡Yo no tengo casa!

—¡Cómo!

—La casa es para los otros... yo soy pobre... Para vivir en ella, cuando nos dejan, debemos hacer otras cosas.

—¿No la hacías para ti, entonces?... Sin embargo, te he visto trabajar con amor como en cosa propia.

¡Eres un héroe!

El hombre no sintió las últimas frases. Se alejaba encorvado, aprisa, a llevar pan para sus hijos... a continuar levantando casas... para los otros.

Las boleadoras

Antes que Satanás, el ángel rebelde, fuera convertido en el demonio, tú sabrás que era hijo de Dios. Pero, desde pequeño, mostraba zurdas inclinaciones y ejecutaba mil diabluras.

Cierto día su padre lo buscaba para mandarlo hacer una buena obra y él, habiéndose hecho enseñar de un brujo virtudes mágicas, se transformó en un ratón.

Dios lo descubrió y vuelto gato lo cazó.

Entonces él se volvió una liebre. Dios tomó las apariencias de un lebrel y lo detuvo.—El se hizo mosquito: Dios se encarnó en un avestruz y lo atrapó.—El diablo adoptó la forma de una paloma y su padre, transformado en gavilán, le cortó el vuelo.

—Ah, reflexionó Satanás cuando se vió preso: viene la noche, él no querrá hacerme mal, no tiene armas con que herirme, me volveré un venado, que es el animal más rápido que existe y corriendo en la sombra podré huir sin miedo.

Y así lo hizo.

Dios, desesperado de su lucha, alzó los ojos al cielo y vió que en ese momento nacían, puras y luminosas, las Tres Marías.

Las llamó, las ató con un pelo de su barba y las arrojó atrás del venado veloz que, vencido, vió interrumpida su carrera.

Habían nacido las boleadoras

El tordo

El tordo es un mozo bien, venido a menos.

Hijo de un estanciero rico, se lo pasaba cantando por los boliches, jugando, haciendo el amor.

No tiene hábitos de trabajo ni respeta el laborioso esfuerzo de sus semejantes.

Estaba habituado a andar en coche y se hace esa ilusión encaramado a las vacas mansas, rascándose, haragán, paseando por el campo.

No canta porque empeñó la guitarra por una deuda de juego, ni tiene un traje nuevo para un día de fiesta.

Ya le ves el vestido, color ratón, descolorido de viejo.

Cuando tenía plata,—que él no la había ganado,—intentó ser poseedor del nido más lindo del mundo y con ese fin reunió a todas las aves y les pidió expresaran las excelencias de sus casas.

El hornerito arquitecto le enseñó su palacio: con dos piecitas, con su zaguán amplio para dar paso al aire y a la luz y defenderse de la lluvia.

—No, hay que recogerlas pacientemente de los alambrados, donde ellos las dejan cuando se rascan.

—Dime, ¿por qué lo colocas sobre una elevada rama suspendida sobre el agua?

—Por precaución. El hombre no me lo puede robar fácilmente y si crece el arroyo o la laguna lo levanta siempre.

—Ah, muy bien; elijo tu fabricación.

Llegó la cotorra:

—Mi casa es sólida, segura y ventilada.

—¡Tan alta!

—Se ve más lejos, tenemos mejor aire.

—Prefiero tu casa.

El carpintero le mostró un tronco seco y martilló con su rudo pico de acero:

—Una residencia seca y sana.

—Muy linda; la quiero como la tuya.

La lechuza elogió su cueva:

—Es fresca en verano, caliente en invierno, no se inunda aunque llueva, es fácil de construir.

—Me gusta, me gusta...

UN PRIVILEGIADO



—¡Qué suerte tiene ese! Vive en un cuarto piso.

—Mira, le indicaba: no descuides la ubicación, que es el secreto del éxito, y el material: tierra negra, pastitos duros y este cemento, le señalaba. Hay que estar en guardia esperando la lluvia y luego de ésta el sol, momento propicio para laborar.

—Sí, sí, aprobaba el tordo; lo haré así.

Vino el boyero. Mostró su nido, su larga bolsa tejida primorosamente con fuertes crines de caballo y el fondo mórbido, con su colchoncito de plumas, de pelusa de flores.

—Es fácil de hacer, juzgó el tordo... Se toman las cerdas, se entrecruzan...

¿Las cerdas se las compras a los caballos?...

El espinero que juzgaba su casa una fortaleza:

—¿Qué te parece?

—Muy bien defendida. Es la mejor.

La tacuarita chilló:

—Yo tengo un palacio de piedra, tordo.

—Es confortable tu fábrica.

Después vino el yarao, que anida en los pajonales de los bañados, el jilguero, y el zorzal, que ama los árboles bellos en el medio del bosque.

Todos le gustaban, pero ninguno dejaba de tener inconvenientes, exigían esfuerzos: acarrear barro, juntar cerdas, amontonar palitos, cavar la tierra, subirse a los árboles tan altos!

Pensó:

—Tengo plata, que trabajen los otros.

Tomó uno por uno a sus colegas y les ordenó:

—Hazme, sin fijarte en los gastos, un nido bien hecho, con todas las comodidades.

Pero, cuando llegó la hora de pagar, él ya no tenía dinero; no cumplió, y ninguno le quiso dar el nido en propiedad.

El desfachatado, como dueño y señor, pone sus huevos en cualquier nido y después se va, tan campante, a pasear, espulgándose, arriba de las vacas.

El chingolo lo critica:

—He ahí los que medran... Yo soy artista, canto con amor y no tengo quien me proteja de los gorriones... El, haragán, sinvergüenza, engorda y se divierte.

El bicho-feo macho, que es un gran ironista, sonríe:

—No hables tan fuerte, chingolo; decir la verdad es peligroso; mira que he sabido que al señor tordo lo van a nombrar comisario...

Los picaflores

En el reino de las aves se llevaba a cabo una gran fiesta en celebración de la Primavera.

Estaría allí representada la flor y nata de los poetas, de los trabajadores, de los viajeros. Vendrían golondrinas y zorzales, horneros y calandrias, carpinteros y churrinches, mirlos y martín pescadores... No faltarían, por cierto las delegaciones extranjeras: su excelencia el Ruiseñor, el mejor poeta del mundo; el ave del paraíso, que posee unos adornos tan finos; el cóndor, majestuoso y calvo como un viejo diplomático; el tucán con su enorme pico de cimitarra; los papagayos vistosos y conversadores; la alondra madrugadora y las nobles águilas blancas.

Como era una fiesta criolla, los dueños de casa serían representados por una delegación de pájaros indígenas, pero en homenaje al don de mundo de la señora picaflor y para hacer admirar la graciosa miniatura de su castillo, la reunión se realizaría junto a su residencia.

Todos los pájaros aportaron su tributo a la fiesta.

Quien trajo flores, taxes de plata, mburucuyáes de oro llenos de granitos carmín; quien tutías, dulces pitangas rojas, azucarados guaviyúes violeta, pequeñas granaditas de arazáes de las cuchillas; otros contribuyeron con sabrosos bibyes, guayabas silvestres, miel embriagante de camoatíes y lechiguanas, frescas hojas y cogoyitos tiernos.

El programa era vasto.

El ruiseñor recitaría sus cantos románticos al claro de luna; el zorzal payador improvisaría en la guitarra; cantaría sus dianas matinales la ca-

landría. Se entonarían coros al sol y a las estrellas nuevas. Habría record de altura y pruebas de habilidad para construir nidos.

Desde temprano, con sus trajes flamantes, llegaban los invitados: el mirlo con su negro vestido de etiqueta, el cardenal con su encarnado gorro frigio, la garza con su traje de tul rosa, los jilgueros de chaleco amarillo y sombrero oscuro, los pechocolorado con su decoración, el naranjero con su capa con los siete colores del arco iris...

Los teruteros galantes hacían de servidores y la señora picaflor y sus hijos,—los colibríes,—lucían sus admirables vestidos de tornasolados oros, azules, negros y verdes metálicos.

Comenzó a desarrollarse la fiesta y los pequeños pájaros moscas, golosos en extremo, volaron al comedor y se comieron los postres, la miel, el agua dulce y perfumada, prontos para el banquete.

La mamá al no ver sus chicos, se fué en puntas de pie y los sorprendió. Con severidad, como castigo, les impuso:

¡Inmediatamente a corregir la falta!

Y ellos salieron, volando como una flecha, a buscar miel y néctar de las flores.

Los habrás visto a mediodía, temiendo se les haga tarde, zumbando nerviosos, apresurados, metiendo el sutil y largo pico en las corolas de las flores que les ofrecen su miel para ayudarlos.

El zorrino

Vestido con atildada elegancia y preocupadísimo con sus negocios, viaja continuamente, imperturbable y grave.

Es un riquísimo comerciante en perfumes que ha perdido la razón por un castigo que le infirió Dios.

Cuando se formó el mundo y se dispuso que cada animal se ocupara de un arte o de un oficio, al zorrino le correspondió ser perfumista, como a la paloma mensajero, al mirlo músico, a la hormiga acopiador de cereales, a la nutria negociante en pieles, etc.

En aquella feliz edad paradisíaca reinaba la paz en el mundo, cada cual tenía su buen pasar, era general la alegría y en consecuencia sucedíanse las sortijas, los bailes y los saraos.

Las señoritas carpinchas, las comadrejas, las tortugas, las niñas apereás eran muy elegantes y usaban sus perfumes predilectos como nuestras contemporáneas del gran mundo; y los distinguidos jóvenes zorros, sapos y tucu-tucus, que no querían ser menos, gastaban agua florida en el pañuelo, aceite de olor en la cabeza, y el señor zorrino hacía negocios de oro.

Como su clientela era aristocrática, él se vestía bien y poseía finos modales.

El buen Dios vigilaba todo.

El había señalado las ocupaciones en equitativo reparto y no admitía, bajo ningún principio, el realizar ganancias ilícitas que traerían como resultado el desequilibrio y el desorden del mundo.

Pero el zorrino, mal aconsejado por la avaricia, comenzó a falsificar sus productos y a cobrarlos a precios exorbitantes.

Cundió el mal ejemplo, se empobrecieron familias y aparecieron los mendigos.

Dios lo supo y para escarmiento, decretó:

—Que se vuelva acre e insoportable la mercadería del perfumista.

Cuando el zorrino tomó el olor a sus extractos, a sus lociones, a sus aguas de colonia, y comprobó que desertaba su clientela, perdió el seso.

De tardecita, cuando mugen los toros enamorados y se asoma el lucero maravilloso, él abre su tienda, destapa sus frascos de perfume...

Oscurece. No vienen compradores... Entonces toma un muestrario y sale al trote y así anda, sin descanso, hasta la otra mañana.

Anda pagando su avaricia y su mala fe, con su característico galopito, recorriendo los caminos, golpeando en todos los ranchos donde hay baile, buscando clientes...

La "caña"

Habían ofendido al paisano quien, en un arrebato de ira juró castigar al que le "faltara".

El diablo le afiló el puñal y mientras le ensillaba el caballo le empezó a calentar la cabeza y hacerle hervir la sangre para que se vengara.

El gaucho montó a caballo y galopó en busca del enemigo, pero la distracción del viaje, la serenidad del cielo, la paz de los campos, le fueron infundiendo en el alma ideas de amor.

Se bajó a beber en un manantial y el agua buena lo aconsejó:

—Perdona.

El diablo se vió perdido; apuró su caballo y se fué a la casa de la víbora:

—Buen día, comadre, véndame un poco de su leche.

Voló a la madriguera del zorro:

—Viva, compadre, déme un poquito de mañas y de malas artes.

Llegó a la cueva del tigre:

—Oh, compañero, cédame unos gramos de rabia.

Pasó por el chiquero del chancho y compró pereza; pidió al gato traición y a la urraca ardid para el robo...

Se fué al camino por donde debía pasar el paisano y en la calavera de un carnero puso a hervir todos los ingredientes adquiridos. Les agregó raspaduras de sus cuernos y sus pe-ñas y en tanto se ponía a punto, levantó una casa muy bonita sobre la cual puso un gran letrero:

"BOLICHE"

Cuando el gaucho la enfrentó, él, vuelto comerciante, le hizo una meliflua invitación:

—¿Vendrá cansado, amigo? baje a refrescarse, a tomar alguna cosita...

El paisano no se hizo rogar y pidió agua.

—¡Agua!, se escandalizó el diablo, que conoce la debilidad del cristiano. El agua es para las mujeres... Tome una "caña" que es cosa de machos. Y le servía el menjurje infame.

El,—para eso era hombre,—se la bebió "de una sentada" sin pestañear, aunque le quemó la garganta:

—Buena, aprobó.

La sangre le corría más a prisa.

Pensó en el enemigo.

Se tocó el puñal.

El diablo, jubiloso, se frotaba las manos.

No era preciso recomendarle venganza.

La "caña", su aliada, se encargaría de ello.

LOS LANCEROS

Al rayar de aquella aurora, los bizarros escuadrones
se lanzaron a la liza con denuedo sin igual;
y rompiendo el amplio cuadro de aguerridos batallones,
se empeñó un combate, digno de aquel choque colosal.

Inaudito fué el coraje de esos ínclitos varones,
al jugarse la existencia por el triunfo de un ideal.
De alma entera, como aquellos otros héroes, que en legiones
disputaron palmo a palmo, nuestro suelo nacional.

Y de pronto, suena un toque de clarín en la esplanada.
Tembló el campo,—rubricado por la sangre derramada—
con el último estampido formidable del cañón.

Mientras tanto el sol naciente de ese día jubiloso,
reflejaba el primer rayo de su beso luminoso,
en la seda azul y blanca del invicto pabellón.

Sixto G. Peralta

El águila y la víbora

La víbora no se podía conformar con su miserable condición y en vez de ser humilde y buena protestaba contra su destino, se alimentaba de odio y asesinaba a traición a los seres que se le acercaban.

Contemplando el vuelo majestuoso del águila que se elevaba, se elevaba, y luego, como un puntito negro, describía grandes círculos serenos en el azul, se lamentó:

—He ahí un placer que yo no puedo gozar.

Y maldijo a Dios.

No por ello dejó de ambicionar y se dió a escalar la montaña para llegar al cielo.

Se arrastró, se arrastró... Atravesó torrentes, salvó precipicios, rocas encendidas, nieves eternas y desde el más alto pico, vió aún lejos el cielo impasible y profundo.

El águila, fuerte y generosa, adivinando su desesperación se acercó a preguntarle:

—¿Qué pretendes?

—¡Subir!

—Bien, siendo pura y noble, subirás.

—Y ¿cómo?

—Yo te conduciré.

Y así fué.

Como en las garras iba mal, como en las alas impediría el vuelo, la víbora se abrazó al cuello del águila y ésta abrió las amplias rémiges que batieron el aire limpio y se elevó sin esfuerzo.

El ofidio sintió un mareo, un vértigo, luego una inefable sensación de azul.

El águila pensaba:

—El cielo suaviza sus instintos; el agradecimiento le dará buenos consejos: no me puede hacer mal.

La víbora llevaba la aplastada cabeza más alta que la del águila, bebía el azul y, olvidada de ser una simple invitada en el paseo celeste, ordenaba siempre ir más arriba, más arriba!

Miró con soberbia la miseria de la tierra lejana y como la ascensión no le demandaba el mínimo esfuerzo llegó a creer que era ella la reina del aire, que era suyo el dominio del infinito, y eran propias las alas poderosas, y despreció a su compañera.

Echó en olvido ser de la tierra; que su condición era la de arrastrarse, y que debía al águila noble el sueño de su viaje al azul.

Quiso ir por sí. Prescindir de ella. Y estrechó sus anillos al cuello del ave.

Esta, ahogándose, preguntó:

—¿Qué haces?

—Es que estamos tan alto que temí caer.

—Me haces mal y es peligroso.

—Ahora que sé volar, me río del peligro...—monolgó la víbora, y se estrechó más y más hasta estrangularla.

Pero antes que el águila perdiera su última fuerza, ya se precipitaban como un rayo en el vacío.

La víbora se enorgullecía:

—¡Vuelo!

Y se destrozó contra la tierra.

El reloj de sol más grande del mundo

Sin duda alguna tienen razón los griegos al asegurar que poseen el reloj de sol más grande del mundo, reloj que ofrece además la particularidad de haberlo hecho la misma Naturaleza.

Hay en el mar Egeo un promontorio de grandes dimensiones, cuya cúspide se alza a 915 metros sobre el nivel del mar, y que los helenos han bautizado con el nombre de Hayon Horou, el cual, al darle el sol proyecta una larga sombra que va tocando sucesivamente, y a intervalos regulares, a unas islas que le rodean formando un círculo. Dichas islas hacen las veces del horario.

Las mujeres en la literatura.—Desdémona (de Shakespeare)

por Luis de OTEYZA

Como saben el pastor de Fuendejalón y Luis de Tapia, únicos españoles que han leído la obra dedicada al autor de "El rey Lear" por el no menos autor de "Nuestra Señora" —el uno la plagió y el otro descubrió el plagio, produciendo ambos general asombro,—Víctor Hugo dijo de Shakespeare: "En su teatro los pájaros cantan, las plantas florecen, los corazones aman y odian, siéntense el frío y el calor, la noche cae, el tiempo transcurre y las nubes flotan mientras el sueño se eleva"; con lo que quiso significar que las producciones shakespearianas encierran la realidad de la vida misma.

Además, sabido es de muchos, pues lo he dicho yo en estas populares columnas, que creando caracteres Shakespeare "le habla a Dios de tu" y que hay que perdonarle la irreverencia por el supremo acierto con que supo encarnar en Hamlet, la duda; en Shylock, la avaricia; en Otelo, los celos; en Yago, la envidia; en Cordelia, la ternura; en Ofelia, la desesperanza; en Gonarila y Regana, la ingratitud, y en Romeo y Julieta, el amor.

Fijos ya estos importantes extremos, que señalan los dos párrafos anteriores; puede pasarse a colocar la rotunda afirmación en que sintetizo mi estudio sobre la tan admirada figura de Desdémona. Antes fuera imposible, porque lo que voy a decir se vendría abajo a impulsos de la indignación pública. Y aún, aún, para que mejor se mantenga, añadiré un tercer cabo de sostén, manifestando que considero a Shakespeare como el más grande escritor habido y por haber.

Ahora, ¡ahí va!... A la una, a las dos y a las tres. ¡Pom! Desdémona es la menos notable de todas las mujeres que en mis largas excursiones por el reino de la literatura he tenido el honor de encontrar. Como os lo digo. Exactamente.

Sin viveza en los colores y sin vigor en las líneas está pintada de un modo tan pálido y tan vago que casi no se la ve. Hasta en el trance mismo de su muerte permanece apenas visible. No tiene ni el resplandor postrero de la luz que se apaga. Ante el inmerecido castigo bárbaro y deshonroso, si se rebela y se lamenta es débilmente, con suspiros más que con gritos.

A la acusación de adulterio que Otelo le hace, sin indignarse responde Desdémona:

No te ofendí jamás en esta vida.
A Casio nunca amé: sólo el cariño
le tuve yo que el cielo nos permite.

Y como al celoso, que se cree engañado, no le baste para desistir de sus terribles propósitos tan fría protesta e insista diciendo:

Es preciso que mueras,

ella no dice más que

Pues, entonces,
de mí tened, ¡oh, Dios!, misericordia...

Completamente absurdo, ¿verdad?... ¡Claro que sí! Y si alguien duda de la absurdidez de esto, entre en su domicilio conyugal y diga a su señora esposa—que desde luego supongo tan inocente o más que Desdémona—con el gesto y la actitud propios de las circunstancias: "Sé que me engañas con Fulano y vengo a matarte". Me juego la cabeza contra dos centavos—creo sin modestia que por poco que valga siempre mi cabeza valdrá más de los dos centavos—a que la esposa acusada y amenazada de tan injusto y bárbaro modo, llena de improperios al marido y da tales gritos, que hace subir al portero y a los guardias. A la prueba me remito. ¡Haced la prueba, lectores!

Así, insignificante hasta el absurdo es el carácter de Desdémona. No porque Shakespeare sea incapaz de crear sólidos tipos ni porque sus obras carezcan de realidad. Nada de eso. Porque Shakespeare tiene un talento de dramaturgo enorme. Y el "Otelo" con una Desdémona de más relieve no sería tan dramático.

Entrañan este drama los brutales celos del protagonista y la perversa envidia de Yago. Desdémona, sin esa resignación que casi llega a la insensibilidad y sin esa inocencia que raya en la estupidez, haría menos bárbaro a Otelo y menos cruel a su alférez. Suponedla coqueta, produciendo los celos del uno, y valerosa, excitando la rabia del otro, y veréis el bajón que da la obra.

Mas no hace falta suponer cosa semejante, pues aun no suponiendo nada, se ve lo que digo, con sólo observar cómo el único rasgo de carácter que en Desdémona se manifiesta—el de fugarse del hogar paterno para seguir al hombre que quiere—rebaja, siquiera sea momentáneamente, la grandeza del drama. Cuando el traidor insinúa:

Casándose con vos burló a su padre,

y añade el celoso:

Verdad, verdad es eso que me dices,

el público piensa que ninguno de los dos está descaminado yendo por ahí. Y eso no debe pensarse ni un instante, porque toda la fuerza dramática de la obra consiste precisamente en que las infames acusaciones de Yago carecen de fundamento y en que las inmotivadas sospechas de Otelo no tienen justificación.

No niego, por tanto, que la figura de Desdémona sea tal cual debe ser, ni que al hacerla tan desdibujada y tan sin colores, absurdamente insignificante, Shakespeare, creador poderoso y realista fidelísimo, acertó como siempre; pero no me neguéis a mí que esta mujer es la menos notable de cuantas existen en la literatura. Una infeliz que pierde el pañuelo, y que no sabe defenderse cuando por falta tan pequeña se le acusa de haber perdido la honra y se le lleva a perder la vida! Así ha podido decir el humorista Thomas Rhymer: "La moraleja que se desprende de la desgracia de Desdémona es muy convenientemente instructiva. Para que las mujeres casadas sean hacendosas les demuestra que deben cuidarse de la ropa blanca."

Con lo que el maestro Rhymer, fingiendo en su humorismo hablar de burlas, ha hablado muy de veras. Poco expresa la figura de Desdémona; pero expresa bastante, pues nada tiene que expresar. Apagada tiene que ser, puesto que existe sólo al objeto de reflejar los incendios en que se consumen Otelo y Yago. Y para que un cuerpo refleje las luces de otros es preciso que carezca de luz propia.

Es una ley de física, queridos lectores. ¿Que si entiendo de eso?... Digo, y de geometría descriptiva y de gimnasia sueca. Como el albañil del sainete, "domino todas las Bellas Artes".



SONETO

A una dama casquivana

Trocad, señora, el manto en capirote
y el negro veludillo en seda clara,
no decoréis de palidez la cara,
ni ardid hagáis que á llanto os alborote.
Mal va vuestro dolor de galeote
en tan linda galera. ¡Oh, quién bogara
por ese golfo que una luna ampara
con el cuarto creciente del escote!
Mirad que hoy, si sois viuda, aún sois esposa,
pues marido y amigos igual cosa
para vos fueron por tan sabios modos,
y así, si amor y muerte dais por junto,
llorando á todos como al fiel difunto
no tendréis tiempo de llorar á todos.

J. Martínez Jerez



DE NUESTRO FOOTBALL.— Inauguración del field de River Plate. -- La copa Chevallier Boutell



El intendente municipal, doctor Noel; el gobernador de la provincia de Buenos Aires, señor Cantilo; el doctor Ricardo C. Aldao y otros invitados en la tribuna oficial del nuevo field de River Plate, ubicado en Tagle y Avenida Alvear.



Primer team de River Plate, que venció a Peñarol, por 2 a 1, en el match amistoso jugado con motivo de inaugurarse el campo de deportes.



Vista parcial del público en una de las tribunas populares.



Team Paraguayo, que venció al cuadro combinado Argentino (Asociación Argentina de Football), por 2 a 0, en el primer match por la Copa Chevallier Boutell, disputado en Sportivo Barracas: M. Denis, C. Mena y V. Paredes; A. Miranda, E. Díaz y H. Galeano; L. Capdevila, R. Centurión Miranda, I. López, D. Lima y C. Elizeche Benítez.



NECOCHEA PINTORESCA

Nota gráfica de nuestro corresponsal, señor J. C. Dantiacq



Las hermosas cascadas del río Quequén.



El faro de Quequén.



El puerto de Necochea, en construcción.



Otro pintoresco detalle de las cascadas del Quequén.



NOTAS GRÁFICAS DE ALEMANIA



La magnífica colección de cocodrilos del acuario de Berlín. El guardián los alimenta introduciéndoles en la boca con unas tenazas, un trozo de carne.



Torre erigida en Potsdam a expensas del sabio Einstein para comprobar experimentalmente su teoría de la relatividad.



La miseria en Berlín. Millares de individuos sin domicilio, aguardando turno de entrar en un asilo municipal gratuito para pasar la noche.



TEATROS



Luisa Salas, bella tiple y eximia bailarina



Bruna Dragoni, soprano del teatro Colón, que actuó con éxito en el San Carlos, de Nápoles.





NOTAS DE LA PANTALLA



Dorothy Phillips, una de las estrellas de la escena muda, que más triunfos ha alcanzado en sus interpretaciones artísticas.



El diminuto y notable actor Jackie Coogan, protagonista de la película "Ranita", obra que ha constituído uno de los grandes éxitos de la Corporación Argentino-Americana de Films.



Interesante escena de "Los verdugos del amor", magnífica producción, perteneciente a uno de los programas de la Corporación Argentino-Americana de Films, que acaba de ser estrenada, con excelente resultado, en nuestros principales cines

MÁLAGA GRENET, SE VA. .



Cabecera del banquete ofrecido al notable dibujante, señor Julio Málaga Grenet (×) por un grupo de compañeros y amigos de "La Nación", con motivo de su viaje a Estados Unidos, donde se radicará el mencionado artista.

Julio Málaga Grenet, el incomparable dibujante que hemos visto comenzar y desarrollarse entre nosotros hasta señalarse como un maestro en todos los géneros de ilustración, desde las delicadas carátulas de libros hasta los llamativos "affiches" de liquidaciones, y desde los expresivos apuntes hasta las caricaturas penetrantes y acentuadas, sin contar sus maravillosos retratos de mujeres, sensuales y armoniosos, Julio Málaga Grenet deja Buenos Aires... Esta ciudad, que es una de las grandes ciudades del mundo, resulta ya demasiado pequeña para su talento. Nosotros no podemos pagarlo. Es una triste comprobación que en un relámpago nos da la noción exacta de nuestro lugar en el universo. No podemos darnos el lujo de un gran dibujante. Por eso, después de habernos dado con generosidad los frutos variados y brillantes de su talento, Málaga se marcha a los Estados Unidos. Allí, seguramente, se impondrá por sus cabales, con menos ruido que Firpo, sin duda alguna, pero no con menor eficiencia. Es esta seguridad de su triunfo lo que atenúa en sus amigos y admiradores, el sentimiento de verle partir. Al fin y al cabo, puede ser que algún día le veamos volver, célebre, seguro de sí mismo y con esa tranquilidad de conciencia que da la fortuna. Y no habrá temor de que los amigos le noten algún cambio...



Otro aspecto del banquete servido en honor del dibujante Málaga Grenet. El acto se realizó en los salones del restaurant Retiro, F. C. C. A.

Un autógrafo de Eduardo Wilde



La señora Ana P. H. de Stock, a quien el doctor Eduardo Wilde dedicó el elogioso autógrafo que aparece alrededor de su imagen, y que fué escrito el 24 de junio de 1903, en la ciudad de Bruselas.












ATLETISMO FEMENINO

ELENA GNECCO

PERFORMANCES

1923
Carrera llana (60 metros). — Enero 22: Segunda.
Carrera llana (60 metros). — Abril 15: Primera (9″)
Carrera llana (300 metros). — Abril 15: Primera (55″ 3/5).
Carrera llana (80 metros). — Abril 30: Primera (11″).

La cultura física femenina, va arraigándose, poco a poco, ent nosotros. Hay ya, en atletismo, varios records obtenidos merced a una acertada preparación previa. Esta doble pág, muestra diversas fases de un buen entrenamiento.

Nota compuesta por L. THORNE

Fotografías de A. MÁRQUEZ





VIDA UNIVERSITARIA



Concurrentes que asistieron al banquete que un grupo de profesores, colegas y amigos del doctor Francisco Cignoli, organizaron en honor de este señor, con motivo de su reciente nombramiento de consejero y profesor de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional del Litoral.

DEL VIAJE INAUGURAL DEL CONTE VERDE. — INTÉRPRETE POÉTICA



La señora Virginia de Pedriali acompañada de las señoras de Noel y de Leonardini e hija, que fueron a despedirle en su viaje de placer a Europa.



Señorita Delia Zulema Scaricabarozzi, notable intérprete poética que ha declamado con todo éxito en nuestros salones sociales.

DE CAÑADA VERDE



Cabecera de la manifestación organizada por la Sociedad Obrera de Oficios Varios y realizada el día 1.° de mayo.



NOTAS SOCIALES



Roma.—Nuestra compatriota la señorita Nerina Catalano, quien, recientemente, contrajo enlace con el capitán-aviador, Fernando Volla, del ejército italiano.



Lomas de Zamora.—La señorita María Luisa Sola con el señor Carlos Bostica.



Capital Federal.—En un intervalo de la fiesta realizada en casa de los esposos Cópola, en ocasión de su viaje a Europa.



Enlaces en Rosario de Santa Fe.—La señorita Sáenz Oliver con el señor Barufaldi.



La señorita Devora de Ballieri con el señor Tomás Bertonasco.



Lomas de Zamora.—La señorita María Dora Calp con el señor Luis María Mentruy.

Fots. Cornet y Aranda, y Parisienne.



PROFESORES EGRESADOS DE LA ACADEMIA NACIONAL DE BELLAS ARTES



Nicolás Virdoo.



Valentín Moreno.



Enrique Campari.



Florencio Zicari.



Juan Prandino



Domingo Yanuzzi.



Juan Chiozza.



Conrado Chizzolini.



Armando W. Silva.



Alberto Saavedra.

INDUSTRIA PUNTANA





San Luis. — La cría de gusanos de seda en la casa de la señora D. Pérez de Arroyo. — A la izquierda: los niños encargados de la alimentación de aquéllos; a la derecha: la señora de Arroyo y la señorita Bazán Lobos, hilando la seda.

Fot. La Vía.



ALREDEDOR DEL MUNDO



Uno menos. Un gigantesco tiburón cazado en aguas de las costas de Florida, por la señora de Lawrence, que aparece satisfecha junto a su presa.



Ha sido exhibida en Wáshington esta planta espinosa, de treinta años, que representa los emblemas de la pasión de Jesucristo. Fué cultivada por el encargado de la sección cácteas de la Institución Smithsonia.



La joven aldeana que en la representación de la Pasión, en Oberanmergau desempeñó el papel de la Virgen María, acaba de contraer matrimonio en Hamburgo, contra la oposición de la gente de su aldea.



Un notable acontecimiento hípico y fotográfico. El accidente ocurrió en el hipódromo de Randwick, en Australia.



Un curioso tipo de aeroplano sin motor, que representa exactamente un pájaro, ensayado en Berlín el mes último.



Un aparato inventado y ensayado con todo éxito en Alemania para provocar artificialmente la respiración y la circulación en los casos de muerte aparente.



FLORECIMIENTO DE LA RECAUDACIÓN ADUANERA



De izquierda a derecha: señores Alfredo Pacheco, jefe del resguardo; Remigio Lupo, administrador general de aduanas; general Gregorio W Ruiz, subadministrador de aduanas y Lorenzo Caino, secretario general de dicha repartición, el día en que se publicó el balance que acusaba un aumento de 30.000.000 de pesos en la recaudación de la renta de aduana, con respecto a la suma obtenida en la misma época del año anterior. — Como se ve, estos funcionarios de ''orden común'', resultan más eficientes que los del gobierno anterior, de ''orden selecto y ejemplar''.

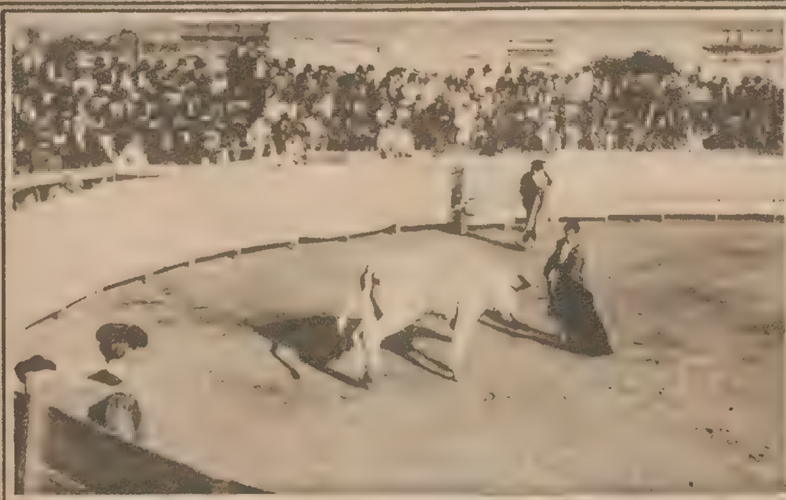
CORRIDAS DE TOROS EN TUCUMÁN. — ¡OJO, SEÑOR ALBARRACÍN!



Bartolomé del Valle (a) Pajarero II (×), primer espada, con su cuadrilla, vistiendo el traje de luces.



El banderillero Fernando Rosales (a) Tití, en un lance de capa.



Pajarero II, en un pase de muleta.



Ernesto Martínez (a) Pernano, sobresaliente de espada, colocando un par de banderillas.

Fots. C. M. Lanio.



GENTE MENUDA



Alberto A. Gaebeler.



Samuel Oscar Suárez



Ana María Fernández Uhal.



Juanito A. Tachella.



María Etelvina Campanella.



"Pitágoras".

INSTRUCCIÓN PÚBLICA



Profesoras de bordados en blanco, egresadas de la Escuela Profesional de Mujeres N.º 3; señoritas Marta Luraschi, Mercedes Ripolles, María Angélica Musso, Isabe Mazzeo y Juana Domilano.

MOTIVOS DEL DELTA



"Con su favorito". — Fot del señor Mauret.



"FRAY MOCHO" EN RÍO CUARTO



Enlace de la señorita Julia Isabel Noroña, con el teniente Luis M. Sarmiento. Los desposados, padrinos y un grupo de invitados a la ceremonia nupcial.



Comisión directiva del C. A. "El Diario", organizadora del pic-nic realizado en Río Cuarto



Parte del público que asistió a la procesión celebrada en ocasión de la fiesta religiosa de Santa Catalina de Holmberg.



Por la conservación de su propia belleza, debe usted adquirir el convencimiento de que con el uso diario del POLVO GRASEOSO

LEICHNER

conservará su cutis en el más alto grado de transparente suavidad y delicadeza, fresco y lozano, como en la primera juventud, y depurado de cualquier imperfección que pueda menoscabar el mérito de los naturales atractivos.

Señora: si aún no ha empleado en su toilette el POLVO GRASEOSO LEICHNER haga una prueba, durante varios días, y tendrá que agradecer el consejo por sus indudables beneficios para la estética facial.

MENDEL y Cía. - BUENOS AIRES: GUARDIA VIEJA, 4439
MONTEVIDEO: CERRITO, 673



SECCIÓN VERMOUTH

LA CUENTA DEL ABOGADO

Dos abogados eran socios.
Uno de ellos era judío.
Y sucedió una vez que un cliente les debía una cuenta.
Y el cliente era avaro y tacaño.
Y difícil de cobrar.
—Yo me encargo de cobrarle— dijo el judío.
—No; déjamelo por mi cuenta— le dijo el otro.
Y sucedió que a los pocos días el otro dijo a su socio:
—¡Ya pagó!
—¡Oh! ¿Cuánto le sacaste?
El otro díjole cuánto había cobrado. Era casi el triple de lo que el judío pensaba cobrar. Este reflexionó un momento y dijo a su socio:
—Che: ¿sabes que casi me persuades a hacerme cristiano?

DIAGNÓSTICO APROXIMADO

—¿Acertó el médico lo que tenías?
—Casi, casi. Tenía una idea muy aproximada. Me pidió quince pesos, y yo llevaba diez y seis.

DESCONCERTANTE

El caballero, evidentemente algo impregnado de cocktails, entró en el bar, se sentó a una mesa, y cuando el mozo se acercó, le dijo:
—¿Usted me vió entrar?
—¡Oh, sí señor!—repuso el mozo.
—¿Usted me ha visto antes?
—No, señor.
—Entonces, ¿cómo sabe que era yo?..

GRACIAS A DIOS

El mar se encrespó casi repentinamente. Los pasajeros inexpertos se asustaron. Entre éstos se hallaba un cura, quien, en cuanto el barco comenzó a ser azotado en serio, se puso a rezar implorando la salvación de todos a la vez que se dirigía al camarote del capitán para preguntarle si había peligro de naufragio. Tan agitado estaba, que el capitán concluyó por decirle:
—Vea: allá abajo en la bodega, hay un grupo de marineros jugando a las barajas y blasfemando terriblemente. Mientras esa gente juegue y blasfeme, créame que no hay peligro.
El cura continuó sus preces, pero cada diez minutos se asomaba ansiosamente a una escotilla, dirigía una ojeada a los marineros, y exclamaba, más tranquilo:
—¡Gracias a Dios, todavía están blasfemando!

SU RAZÓN

—Pero, vamos a ver: ¿por qué robó usted toda esa ropa vieja?
—¿Yo? Porque . creía que era nueva.

FELICITACIONES AL AUTOR

El joven poeta obsequió al jefe de la oficina en que estaba empleado con su primer volumen de versos. Al día siguiente, el jefe le dijo:
—¡Mis felicitaciones, amigo mío! Sus versos son deliciosos, encantadores, exquisitos... Un verdadero regalo para los entendidos...
El autor se inclina; el jefe prosigue:
—Y créame que nunca como cuando los leía he sentido tanto no entender nada de poesía.

UN PARTIDARIO

Se discutía el aumento del precio del boleto de tranvía de diez a quince centavos. El grupo de ciudadanos hervía de indignación; pero ¡cosa rara! aquel de quien esperaban mayor entusiasmo contra el aumento—un portugués más agarrado que la diaspis — permanecía silencioso.
—Y usted, Monteiro y Riveira, ¿no protesta?
—Yo, no.
—¿Qué? ¿Acaso es usted partidario del aumento?
—Sí.
—¿Cómo?
—Sí; yo siempre voy a pie. Hasta ahora me ahorraba diez centavos en cada viaje. En adelante, voy a ahorrar quince centavos.

POR SI PEGA

El niño lloraba desesperadamente, mientras a pocos pasos de él sus padres miraban distraídos un cartel de biógrafo.
El señor compasivo y ocioso se le aproximó y luego de inquirir la causa de su llanto, le dijo:
—¡Ah!, ¿lloras porque quieres ir al cine? Dime: ¿tu papá y tu mamá acostumbran a llevarte al cine cuando lloras?
—A veces sí, a veces no, pero, ¿sabe?, llorar no me cuesta nada.

UN RECIÉN LLEGADO

El sabio y eminente profesor era, por obscuras razones profesionales, muy distraído. En la casa se esperaba un heredero de un momento a otro. El profesor se hallaba sumido en sus problemas, cuando la enfermera abrió la puerta del estudio y exclamó:
—¡Ya ha venido el esperado!
—¿Quién?—preguntó el profesor sin alzar la cabeza.
—¡Es un niño!—dijo alborozada la enfermera.
—¿Un niño?—murmuró el profesor.—Pregúntele qué quiere.

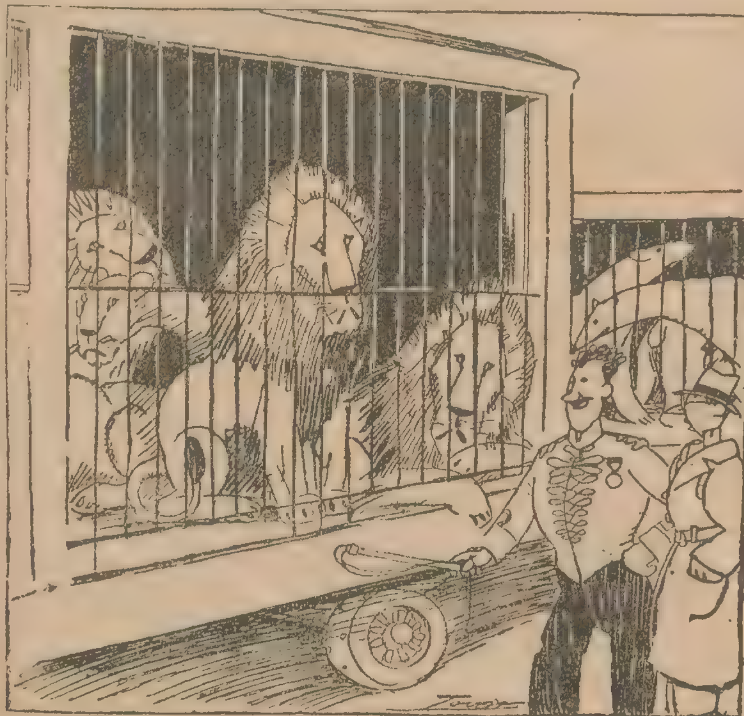
¡SOLO!

Interesado su espíritu filantrópico, el caballero detuvo al niño que pedía limosna en la calle y le dijo:
—¡Tan joven y viviendo de la caridad pública! Dime: ¿no tienes casa?
—No, señor.
—¿No tienes padres que te cuiden?
— No, señor.
—¿Y hermanos?, ¿hermanas?
—Sí, tengo un hermano.
—¿Y cómo te deja así por las calles? ¿No se ocupa de ti?
—No puede.
—¿Por qué?
—Está en el Clínicas. En un frasco Nació con dos cabezas.

EN UNA ESCUELA EVANGÉLICA METODISTA EPISCOPAL

El pastor. — Y cuando el hombre se siente inquieto, cuando durante el día no encuentra reposo, cuando el insomnio le atormenta durante la noche, ¿saben ustedes qué es lo único que puede devolverle la tranquilidad?... ¿A ver, Simón?
Simón.—El polvo insecticida.

DEL MAL, EL MENOS



—¡Pobres animales! ¡siempre enjaulados!
—Pero le advierto que hace muchos años que estos leones faltan de su país, de manera que si volvieran a la selva...
—¿Qué?
—... se perderían.

EL ENVENENAMIENTO DE LOS PINTORES

UN TERRIBLE VENENO EMPLEADO SIN NECESIDAD

El 3 de marzo último, el señor J. L. Bretón, director de la Oficina Nacional de Inventos, de Francia, dió en la Sorbona una conferencia del más alto interés, pues tenía por tema el envenenamiento "profesional", que sufren lenta pero fatalmente, los trabajadores que, por su oficio, están expuestos a hallarse en contacto con las sales de plomo y, en particular, los pintores que manejan la cerusa o albayalde y el minio.

Este envenenamiento genérico ha recibido de los médicos el nombre de "saturnismo", de la palabra saturno con que designaban al plomo los antiguos alqimistas.

El saturnismo es una intoxicación que proviene de la obsorción, por las vías respiratorias o digestivas, de los polvos plomíferos que, siempre muy tenues, flotan en la atmósfera de los locales donde se elabora o se utiliza sales de plomo. Se depositan en el rostro o en las manos del obrero, impregnan su traje, se introducen en la saliva y, con ella, pasan al estómago.

Para los pintores, a aquellas causas de intoxicación se agrega el contacto con los pinceles, la proyección de gotitas de pintura en las manos, la cara y las ropas. Sin duda, la absorción de plomo así realizada es infinitesimal, pero cuando se repite día a día sus efectos se acumulan para constituir un envenenamiento terrible.

Contrariamente a lo que ocurre con la mayor parte de los venenos, cierta cantidad de sales de plomo puede ser más peligrosa si se la absorbe en gran número de pequeñas dósis, que si se la ingiere de una sola vez.

El plomo y sus compuestos obran así de una manera insidiosa y lentamente, tardando a veces largos años para matar a sus víctimas.

El envenenamiento por el plomo se manifiesta lo más frecuentemente por grandes cólicos conocidos con el nombre de cólicos de plomo o cólicos saturninos, que no son, desgraciadamente, sino un precursor de accidentes más graves. Los sigue una parálisis local de los músculos externos del antebrazo y la imposibilidad de extender los dedos, que quedan ganchudos como garras.

El riñón es el órgano principal de eliminación de las sales de plomo, pero éstas lo dañan y la nefritis es la consecuencia. La acción irritante de los polvos plomíferos en los pulmones contribuye al desarrollo de la tuberculosis. El saturnismo ejerce también una acción nefasta en las funciones de la reproducción, como lo comprueba el número considerable de hijos de intoxicados que nacen muertos.

¿Hay un remedio a ese peligro social? Sí, lo hay, y consiste, simplemente en prohibir en absoluto el empleo industrial de las pinturas a base de plomo y de reemplazar en todas partes la cerusa o albayalde por el "blanco de cinc", que es completamente inofensivo.

Ninguna ventaja, ni teórica, ni práctica, justifica el empleo de la cerusa. Las mezclas de óxido de cinc y de aceite son, como lo ha demostrado la experiencia, tan homogéneas como las de cerusa. En estas condiciones continuar, "por pura rutina" pintando con cerusa las paredes de las habitaciones, es un absurdo increíble, cuyas consecuencias pueden ser graves no sólo para los obreros que la emplean, sino también para las personas que duermen en esas habitaciones.

Pero esa prohibición debe hacerse extensiva al minio, más peligroso todavía que la cerusa, a ese minio rojo que se persiste en emplear, sin ninguna razón técnica, creyendo que evita la oxidación del hierro.

A LAS MUCHAS

GENTILES LECTORAS

Que nos han consultado sobre la receta para blanquear y hermosear el cutis, que publicamos en estas mismas columnas, les respondemos que, según la revista parisiense de que fué copiada, se trata de un útil y sano consejo para el tocador, ya que sólo basta diluir una cucharadita de amydalosa en polvo en media palangana de agua, para formar una deliciosa horchata, que refresca, suaviza, blanquea e impregna la piel de suave y delicioso perfume. Este producto se halla en venta en todas las farmacias.

A doce mil metros de altura

Un aviador americano ha contado las sensaciones que experimentó al elevarse en un vuelo a más de 1.500 metros.

Según las indicaciones barométricas, la altura alcanzada fué de 12.420 metros, reducidos, después de las correcciones, a 11.580.

El aeroplano había sido preparado especialmente; así también se había atendido a cuanto pudiera ser necesario o útil para el piloto.

Este llevaba unos anteojos revestidos de una capa de gelatina, para impedir la formación de carámbanos hasta llegar la temperatura a 50 grados bajo cero.

A los 6.000 metros, el aviador comenzó a hacer uso del oxígeno, aunque con mucha parsimonia.

La provisión de oxígeno iba en cinco tanques, a la presión de 160 atmósferas; además, había otro tanque de reserva a cien atmósferas, con tubo directo a la máscara.

Pasados los 9.000 metros, el piloto empezó a notar una progresiva debilitación de sus sentidos y de sus facultades.

Cada vez que sentía nublársele la vista, aumentaba el abastecimiento de oxígeno.

Apenas el barómetro señaló 12.400 metros de altura, el número de revoluciones del motor decreció, hasta el punto de que fué imposible remontarse más; el aeroplano se inclinaba y no respondía a la acción del timón.

El piloto disminuyó el gas al motor, y esto bastó para que el aeroplano se precipitase tan rápidamente, que provocó el enfriamiento del motor y del radiador con tal descenso de temperatura en la carlinga, que llegó a formarse hielo en torno al aviador.

A la máxima altura alcanzada, el aviador observó el cielo, que era clarísimo y muy ligeramente azulado, y la luz brillante, deslumbradora.

El clima de la tierra

Varios indicios, según el "Daily Mail", concurren a demostrar que el clima de la tierra deviene cada vez más cálido.

Las observaciones meteorológicas hechas sistemáticamente son de fecha reciente; pero la Historia suministra indicaciones muy estimables.

César, en su "De bello gallico", recuerda y habla de fríos tan intensos, que permitían a los soldados atravesar a pie los ríos congelados.

En los tiempos modernos, el Sena no se ha helado sino dos o tres veces cada siglo.

Los antiguos escritores, al tratar de la Germania, le atribuyen un clima verdaderamente ártico. El de Inglaterra es indudable que se ha dulcificado desde el siglo décimosexto a esta parte.

De los datos de la Compañía de la Bahía de Hudson, que desde hace doscientos años lleva cuenta exacta de las [illegible] de congelación y del deshielo [illegible] ríos, resulta que el período d[illegible] congelación ha disminuído diez días por lo menos.

Además, las nieves alpinas y las del Cáucaso disminuyen de una manera visible, y las cinturas de hielo de los polos se reducen continuamente.

Los hielos del Océano Antártico, en el período de tiempo, relativamente breve, en que los navegantes han comenzado a recorrerlo, se han retirado hacia el Polo unos 70 kilómetros.

Momento sentimental

La rosa perfuma
con suave fragancia
la lírica estancia
donde no se abruma.

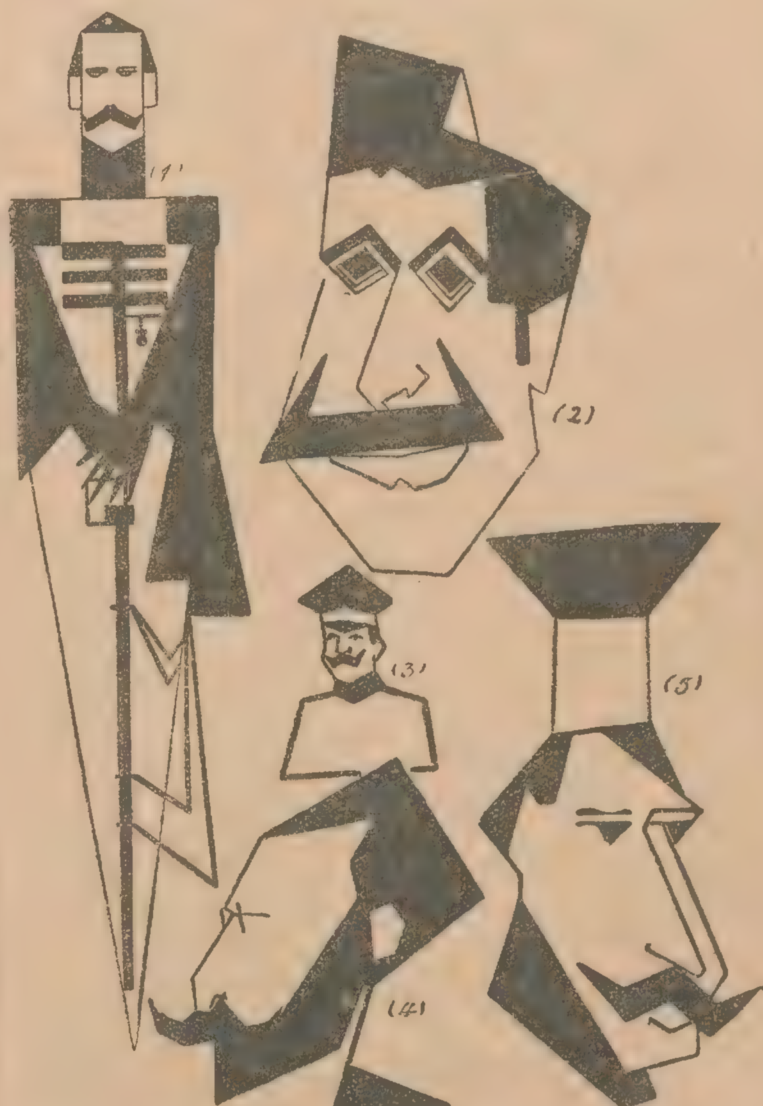
La angustia se esfuma
cual flúida substancia,
muriendo en la estancia
cual copo de espuma.

Todo es motivado
porque él adorado
bien está cautivo;

y ante sus amores,
lleno de fervores,
con ansias revivo!...

Oscar Albert. Ibarl

El cubismo en la encantadora tierra del Lambaré



1. Teniente coronel Francisco Brizuela, jefe del estado mayor revolucionario.— 2. Coronel Manlio Schenone, jefe de las fuerzas gubernistas. — 3. Coronel Adolfo Chirife, jefe de las fuerzas revolucionarias. — 4. Doctor Manuel Gondra ex delegado a la última Conferencia Panamericana. — 5. Coronel Pedro Mendoza, segundo jefe revolucionario. — Dibujos del paraguayito Sosa Escalada.

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

Conocimientos útiles

Para devolver el color a las flores artificiales. — Las flores artificiales expuestas a la luz del sol, como ocurre con las de los sombreros de señora, pierden muy pronto sus colores, pero es fácil devolvérselos por medio de las tintas de anilina, que al mismo tiempo dan más solidez y resistencia a los pétalos.

El color de anilina se diluye en agua, y luego se meten en él las flores tantas veces como sea necesario, hasta que hayan adquirido el matiz que se desee. Cada vez que se meten las flores en el líquido, hay que secarlas cuidadosamente antes de meterlas de nuevo. Con ayuda de un alfilerón de sombrero, se separan bien los pétalos, con el fin de que el color penetre por igual entre ellos.

Para los crisantemos y para las flores de color sonrosado en general, se puede emplear tinta encarnada de la ordinaria, mezclada con mucha agua. La tinta violeta ordinaria puede usarse para devolver su bonito matiz a las violetas descoloridas.

La ropa blanca y los pañuelos amarillentos pueden blanquearse de la sencilla manera siguiente: después de haberlos lavado como de costumbre, se dejan una noche en agua clara con una cucharada pequeña de cremor tártaro por cada litro. Al planchar las prendas sometidas a este tratamiento, se quedan tan blancas como la nieve.

Las guarniciones y adornos de metal permanecen sin empañarse poniendo junto a ellos un pedacito de alcanfor.

Las plantas de caucho crecen rápidamente abriendo un agujero bastante profundo en el suelo, al lado del tronco, y echando en él bastante aceite de ricino.

Para sacar brillo a los muebles se recomienda la siguiente mezcla que tiene la ventaja de poder prepararse en el acto: aceite de linaza hervido, vinagre y trementina a partes iguales.

El hule dura mucho tiempo pulimentándolo con cera y trementina.

Las ballenas se cortan con mucha facilidad calentándolas.

Los impermeables se conservan poniéndolos en un lugar templado. Cuando están endurecidos se pueden reblandecer exponiéndolos durante algún tiempo a los vapores amoniacales, en una atmósfera cálida.

Unas rajas de limón con corteza echadas en el agua de cocer la ropa quitan las manchas rápidamente y blanquean mucho los tejidos.

La cocina

GALLINA A LA MORISCA

Este antiguo plato fué inventado por Roberto de Nola y reformado por Montiño y Altimiras. Su fórmula es textualmente la siguiente:

Tomarás un par de pollos o cuatro pollos; ásalos; luego córtalos en cuartos; picarás un poco de cebolla con un poco de tocino en dados; ahóguese muy bien, luego échale caldo de olla, sazona con todas especias, salvo clavos, y cueza poco a poco; écháles un poco de vinagre, que estén bien agrios; si tuvieres un poco de manteca de vaca fresca, échasela dentro y podrás freir un poquito de harina en esta manteca de la suerte que está dicho anteriormente, porque este platillo no ha de llevar huevos; si le quieres echar un poquito de verdura picada, podrás. Este platillo ha de salir un poquito amarillo.

UNA BUENA SOPA DE TAPIOCA

Se hace del modo siguiente:

Se pica una cebolla lo más menudo posible, se fríe en aceite, o mejor en manteca, hasta que esté bien dorada, y con sal y pimienta en regular cantidad se echa en agua, poniéndolo todo a hervir. En cuanto esté hirviendo se pasa por el colador, y luego se añade una cucharada grande de tapioca, y se pone a cocer a fuego lento hasta que la tapioca esté bien disuelta. Córtense una o dos patatas en rebanadas muy finas, y después de freirlas en manteca hasta que estén doradas, añádanse a la sopa.

Si en vez de agua se emplea caldo de vaca, la sopa resultará muchísimo mejor.

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE



—Mamá, ¿me dejas ir a ver el eclipse de luna?
—Sí; pero no te acerques mucho.

AUSCULTANDO



—¿Qué tal le pareció, María, la comedia del señor que se estrenó anoche?
—Magnífica, señora; sobre todo cuando la criada le da aquellas dos bofetadas a la señora.

CARACOLES A LA BORGOÑONA

Se lavan primeramente en cuatro o seis aguas, y para sacarlos de las conchas se les echa en un perol de agua hirviendo, con un poco de sal y una muñequilla de ceniza, bien atada. Al cabo de un cuarto de hora se sacan y se les quitan fácilmente las conchas. Se lavan en agua fría y se vuelven a cocer; se escurren, se ponen en una cacerola, con manteca de vaca, perejil, una cabeza de ajos, dos clavos, tomillo, laurel y una cucharada de harina. Se mezcla todo, y se espesa, sin cocer, con yemas de huevo.

Al sacarlos a la mesa se les echa un poco de zumo de limón.

LENGUA DE TERNERA EN SALSA BLANCA

Cocida la lengua, descortezada y limpia, se corta en trozos como fichas de dominó, se deja escurrir el agua que contiene y se rehoga en manteca de vaca, con tantas cebollas pequeñas como trozos de carne.

Se espolvorea con harina y se alarga con agua, sazonando y dejando cocer a fuego lento durante una hora.

En el momento de servir se liga con una yema de huevo, desleída en un poco de agua, y se guarnece con pepinillos en vinagre muy recortados.

MENESTRA DE HABAS FRESCAS

Primeramente se mondan las habas y se escaldan.

En una cacerola se rehoga, con manteca de vaca, un pedazo de jamón cortado en pedacitos. Se espolvorea con harina, se agrega un poco de agua, se sazona con unas cuantas cebolletas y un ramito de yerbas aromáticas y se incorporan las habas, dejando cocer todo a fuego lento durante una hora.

En el momento de servir se liga con una yema de huevo desleída en un poco de agua.

PUCHITOS

Se atribuye el invento del automóvil a Damiler, a quien se le acordó patente de invención el 27 de diciembre de 1886, y se agrega que la primera realización práctica de su invento fué hecha en Francia, por la casa Panhard Levassor, en 1891. Se ha hecho público últimamente que otro francés, llamado Belmont, tomó patente por un invento semejante, el 28 de octubre de 1885, es decir, catorce meses antes que Daimler. Y lo más notable es que esa patente no precedía a una realización práctica sino que la consagraba, pues en el mes de agosto de 1885, seis años antes que los ensayos de Panhard, Belmont no sólo hacía marchar su automóvil a nafta, construído por él, sino que subía con él pendientes de 8 por ciento.

Un nuevo plan de dominio europeo tiene rápida realización en Alemania, a pesar de sus decantadas dificultades económicas. Se trata de un gigantesco plan de canalización, que comprende 1.700 millas de vías navegables, de las que ya se ha construído 1.200 en los cuatro años que siguieron al armisticio. El objeto consiste en convertir al puerto de Hamburgo, mediante una extensa red de canales, en salida casi obligada del comercio de exportación no sólo de Alemania, sino también de Suiza, Checo Eslovaquia, Austria Hungría, Polonia, Rusia y todos los países de la península balcánica. Esta obra colosal, que asegurará a Alemania un predominio económico riguroso en tiempos de paz y una ventaja enorme en tiempo de guerra, costará alrededor de quinientos millones de dólares.

Un autor francés, Pierre Hamp, ha escrito un notable libro de ensayos sociales en el que propone como solución salvadora de Europa la alianza franco-alemana. Para crearla, los Estados Unidos deberían cancelar la deuda de Francia y este país destinaría cincuenta millones de francos a la Liga por la amistad franco-alemana, la cual obtendría de esa suma una renta de tres millones de francos por año. Esta suma sería empleada en combatir las demostraciones de odio en ambos países, en hacer propaganda por la amistad entre Francia y Alemania, en el intercambio de pensadores de ambos países y en crear la "Fraternidad del Trabajo", que uniría a los trabajadores.

La Estación Experimental Agrícola de Kansas (E. U.), cría en laboratorio una cantidad de langostas con objeto de estudiar, en los insectos, las leyes de la herencia que interesa conocer para el mejoramiento del ganado. Cien mil langostas de cuarenta generaciones sucesivas pueden ser criadas en el mismo tiempo que tres generaciones de cien animales de ganado mayor. Como los principios de la herencia parecen ser los mismos entre los insectos que entre los animales superiores, los experimentadores pueden realizar en pocos meses observaciones biológicas que si fueran efectuadas en animales superiores exigirían un tiempo mucho mayor que el de una vida humana.

Aunque recibida con desconfianza en algunos medios científicos, en el público norteamericano afligido por la ley seca, causó gran sensación la noticia de que en Francia se ha constituído una compañía para explotar, sobre todo en los Estados Unidos, el "alcohol en polvo", producto recientemente inventado por el francés Marcelo Robert. Según se dice, basta mezclar con agua un poco de este polvo para obtener un líquido alcohólico de la fuerza que se desee. Además, a ese polvo se le puede agregar esencias de diversos sabores con lo que se obtendría instantáneamente bebidas de gusto semejante a la benedictina, chartreuse, marnier y otros licores. La importación de esos polvos en los Estados Unidos no estaría comprendida en los términos de la ley seca que sólo prohibe "líquidos alcohólicos".

Muchos rasgos físicos, humanos y animales, parecen ser propios de un estado de domesticidad o social y civilizado. Por ejemplo: los ojos azules y los cabellos rubios no se encuentran en los hombres ni los animales salvajes. Pero aparecen en estos últimos al cabo de algunas generaciones de domesticidad, sobre todo en el cerdo, el caballo y el perro.

En un hospicio de Palestina, cuya erección fué patrocinada por Guillermo II, hay una gran decoración mural que representa a Jesucristo y los apóstoles, y, en medio de ellos al ex kaiser y su esposa, como otros dos santos.

UNA PEQUEÑA EQUIVOCACION





En el entusiasmo de la inspiración.

El término utopía, de que tanto uso se hace, no es sino el nombre que dió a una isla fantástica el escritor inglés Tomás Moore, en un libro titulado también así. La isla Utopía era la sede de una sociedad humana ideal, organizada según elevados principios filosóficos. Esa isla tenía 200 millas cuadradas y contenía cincuenta y cuatro ciudades. Sus habitantes, los utopistas, vivían dedicados al placer superior del cultivo del espíritu. Todos los individuos pasaban sus horas de ocio en bibliotecas y salas de conferencia.

Barnum, el famoso empresario de circo, contestó en cierta ocasión a un comerciante que le decía que había publicado avisos, sin resultado: "La propaganda, amigo mío, es como la instrucción: si es poca es una cosa peligrosa". En otra ocasión afirmaba que lo único que un comerciante puede consumir en grandes cantidades sin que le haga daño, es la tinta de imprenta.

Buena parte del café que se consume en Francia proviene de las mismas colonias francesas.

Los clubs llamados "rotary", o ambulantes, de los que existe uno importante en nuestro país, constituyen una institución fundada en Chicago, en 1905, con los propósitos siguientes: mejoramiento individual de sus miembros, de los negocios de sus miembros, en sentido tanto práctico como ideal, de la profesión a que se dedican, de las condiciones de vida en el hogar, ciudad, estado, nación y sociedad en general. Actualmente funcionan estos clubs en mil ciudades de veinticinco países y cuentan con ochenta mil socios, de todas las profesiones e industrias.

Por la gran cantidad de iodo y azufre que contienen los rábanos, poseen extraordinarias virtudes depurativas, antiescorbúticas y digestivas, y además, constituyen un estimulante del apetito, tan bueno como la mostaza.

La energía de un hombre para el trabajo es próximamente igual a la décima parte de la energía de un caballo.

LA HISTORIA DE LA QUINA

Antes de los comienzos del siglo XVII no se encuentra ninguna indicación no se encuentra ninguna indicación referente a la quina, ni en ningún libro de médicina anterior a dicha época se menciona para nada este medicamento, por lo cual puede afirmarse que hasta entonces era desconocido. Donde primeramente se ve citado es en una carta del médico José Villerobel, que dice que la quina se importaba en España desde 1632, y que la empleó primeramente como medicina en 1639 un sacerdote de Alcalá. Poco después debió de generalizarse el uso del febrífugo, porque empezaron a importarse en Europa grandes cantidades de la preciosa corteza, sobre todo desde que se divulgó la noticia de la maravillosa curación de la condesa de Chinchón, esposa del virrey del Perú.

De regreso a su patria, dicha señora hizo una gran propaganda en favor del medicamento, cuyo uso recomendó a los vecinos de Chinchón, distribuyendo gratis el medicamento a los pobres y a los estudiantes de Alcalá. En honor de la condesa los polvos de quina se denominaban comunmente chinchona o polvos de la condesa.

En cuanto al descubrimiento de la quina existen varias leyendas. Según una de ellas, mencionada por Geoffroy, un indio torturado por la fiebre en el desierto consiguió llegar a un charco, junto al cual había unas quinas, y después de beber de aquella agua saturada de quina recobró sus fuerzas milagrosamente. Según otra leyenda los indios descubrieron el valor de la quina o "kina-kina", que en el lenguaje quichua significa "corteza", al ver que los leones, atormentados por la fiebre, roían el árbol y se curaban, pero no creemos preciso insistir en la inverosimilitud de semejantes tradiciones.

Dejando a un lado las leyendas e inspirándose en el sentido común, hay que creer que la quina llamó la atención de los europeos sencilamente por el amargor extraordnario de esta corteza, pues desde tiempos muy remotos se veía en toda planta amarga un remedio contra la fiebre.

El regente de una farmacia de Cambridge, Roberto Tabor, tuvo más tarde la ocurrencia de preparar por maceración un vino medicinal, y hábil en el reclamo popularizó su remedio, sin divulgar la composición. En su "Piretología", publicada en 1672, Tabor titulaba el remedio "polvo de los jesuítas", y seis años después, el aprovechado farmacéutico era nombrado médico del rey Carlos II de Inglaterra. En 1679, en Versalles, donde había mucha fiebre, tuvo la suerte de curar al príncipe de Condé, a Colbert, a la Delfina y a otros grandes señores, lo cual le valió de parte del rey una gratificación de 2.000 luises en oro, una pensión de 2.000 libras francesas y cartas de nobleza. Tabor murió en 1681, y se le erigió un monumento en la iglesia de la Trinidad de Cambridge, en el que se lee esta inscripción: "Febrium malleos" (acogotador de la fiebre).

En tiempos de Luis XIV se llegó al abuso de la quina, tomándola a tontas y a locas, y sin temor de que el exceso fuera perjudicial, lo cual dió lugar a que Racine escribiese, en 1687, a su amigo Boileau: "En la corte todo el mundo tiene el vientre lleno de quina".

Pero, como todas las novedades, la quina tuvo sus detractores, en primer lugar porque hay personas cuyo estómago no tolera el medicamento, como, por ejemplo, los indios, quienes, según dice Humboldt, prefieren morir a tomarla, y además, porque si bien cura las palúdicas, cuyo microbio mata, no es aplicable a todas las fiebres, y por último, sobre todo en sus primeros tiempos, por su elevado precio que era entonces de 200 francos la libra, y cada dosis de vino de Tabor costaba veinte francos.

Descorazonado por no curarse definitivamente con la quina, el gran duque de Austria Leopoldo, gobernador de los Países Bajos, mandó escribir a su médico particular Chiflet, un folleto contra la quina en 1653. Chiflet cumplió el encargo lo mejor que pudo, pero en el fondo comprendía que la quina era útil, puesto que, con la mayor candidez, expresaba el temor de que si se extendía el uso de la quina desaparecerían las fiebres perniciosas, con grave perjuicio de los médicos. Pero, a pesar de todo, la quina se abrió camino, y ya en 1686 se la ve figurar entre los medicamentos oficiales de la farmacopea de Amsterdam, donde se vendía a 24 florines la libra.

La "chinchona", nombre que se daba a la quina en recuerdo de la condesa de Chinchón, y por los motivos que hemos expuesto antes, hubiera llegado a extinguirse en las selvas de América, siguiendo el procedimiento de explotación de los primitivos "cascarilleros" o descortezadores del precioso árbol, porque se limitaban a quitarle la corteza a la altura de un hombre, o lo derribaban sin ocuparse jamás de las replantaciones. Los jesuítas fueron los primeros en remediar este estado de cosas, mandando a sus operarios que, por cada árbol cortado, plantasen cinco en forma de cruz, pero esta sabia medida contuvo muy poco la destrucción de la especie, y llegó fatalmente el momento en que la producción no bastó a las necesidades, y por consecuencia la quina adquirió un precio enorme. Entonces se alzó el grito de alarma por todas partes, y surgieron los consejeros. En Francia, como en Holanda, se preconizó el cultivo de la chinchona en las colonias, y aunque, como decía Weddell, "la posteridad bendeciría a los que pusieran en práctica semejante idea", las ganancias eran demasiado inciertas y demasiado lejanas para lanzar a la industria particular en semejantes tentativas, y en todas partes se creyó deber del gobierno tentar los primeros ensayos, siendo Holanda la que tomó la iniciativa, después de titubear un poco.

Por acuerdo del gobierno holandés, el ministro de las colonias, C. F. Pahudd, fué autorizado para enviar a la patria misma de las chinchonas un sabio encargado de procurarse semillas y plantas, misión difícil y peligrosa a la vez, porque los sudamericanos, que deseaban conservar su monopolio, ponían todos los obstáculos posibles.

El doctor Junghuhn, designado a este efecto, no pudo encargarse personalmente de la empresa, y se la confió a su amigo Hasskarl, de Dusseldorf, hábil botánico, que la aceptó con entusiasmo, pero un periodista alemán reveló el secreto, y el gobierno holandés tuvo que dar un pasaporte falso a su representante para que llevase probabilidades de conseguir su propósito. Hasskarl, con el falso nombre de Muller, salió para Améreca el 17 de diciembre de 1852.

Cuando el viajero llegó a Panamá, a mediados de enero de 1853, había fiebre amarilla, y se apresuró a marchar a Lima, donde pasó tres meses reuniendo noticias, haciendo los preparativos necesarios y aprendiendo el español. Púsose en relaciones con los altos funcionarios de la república, y supo captarse sus simpatías de tal modo, que el ministro Tirado envió una circular a sus subordinados encargándoles que dispensasen una buena acogida al señor Muller, sabio geógrafo, que iba a estudiar en el Este del Perú el curso de los ríos Perene y Apurimac. Tan inocentemente como su compañero, el ministro de Cultos recomendó al viajero a todos los vicarios, y el ministro de Hacienda le abrió un crédito de 2.000 pesos.

Admirablemente provisto de todo lo necesario, Hasskarl emprendió, el 10 de mayo de 1853, su viaje al interior, que, comenzando con tan buenos auspicios, concluyó en una fuga precipitada.

Los "cascarilleros" que contrató, le trajeron un millar de semillas y 59 chinchonas jóvenes, que Hasskarl se apresuró a enviar a los Países Bajos por la vía Lima y Panamá. Las semillas llegaron a su destino, mas por consecuencia de alguna mala inteligencia, las plantas fueron retenidas cinco meses en Panamá, y se secaron todas.

Continuando sus peregrinaciones el viajero llegó a Huarcatan, donde había estallado una revolución, y pudo pasarlo mal, porque le tomaron por un oficial peruano disfrazado, pero logró huir.

Al año siguiente mandó el gobierno holandés una fragata de guerra, la "Prins Federik" para transportar a Java otras plantas recogidas por Hasskarl, y después de mil entorpecimientos, tanto por parte del cónsul de Inglaterra, que le amenazó con entregarle a las autoridades, y a quien, para concluir, hubo de prometerle que enviaría algunas plantas a Inglaterra, Hasskarl tuvo al fin la satisfacción de poder embarcar su precioso tesoro, y el 21 de agosto salía el buque con rumbo a Java. Allí las trasladaron a unos terrenos preparados en Tjibodes, a 1.500 metros de altura sobre el nivel del mar, donde exstía un vivero procedente de las semillas enviadas por Hasskarl el año anterior, y éste fué el verdadero punto de partida del floreciente cultivo de la chinchona de Java.

Tras de una serie de peripecias muy semejantes a las que acabamos de relatar, los ingleses consiguieron también implantar el cultivo de la quina en el Indostán, y en España también se llegó a cultivar en muy pequeña escala.

CONFESIÓN

Oyendo sollozar, cierta mañana,
a un nenito de sólidos cachetes:
—¿Qué ocurre?—le inquirí.—¿Te hiciste "nana",
o algún chico se fué con tus juguetes?

¡Robaste todo el dulce? ¿En penitencia?
no irás con tus hermanos a paseo?
¿Qué sufres a tu edad, toda inocencia?
¿No sabes que el llorar te queda feo?

Y entonces, como un hombre que procura
explicar su tristeza, la criatura
levantó rumbo al cielo su dedito.

—¿Pero qué?...—preguntéle.—¿Dí?... ¿Responde?...
—Yo quelo mi mamita...—¿Y vive dónde?
—E nel chelo. Me lo dició papito.

Arturo **MARTINI.**

EL APERO DEL COMANDANTE

Del libro "Este era un buey..." (Narraciones del campo), por Ismael Bucich Escobar, ilustrado por Hohmann, editor H. A. Tomassi, que aparecerá en breve.

Hacía una hora que el sol brillaba sobre los campos quemados por la larga sequía. Era una de esas mañanas deslumbrantes en que la llanura se multiplica en fantásticas brillazones y el ambiente tonifica el espíritu y el cuerpo.

En el campamento del coronel Avalos todo era bullicio y animación. Fogones encendidos por acá, ruedas de milicos por allá, potreros improvisados para la caballada, y más lejos, algunas cuadras hacia el poniente, la brusca hondonada por donde corrían las tranquilas aguas del arroyo del Fraile.

Aquel ejército de cien plazas que mandaba el coronel Avalos había acampado allí el día anterior al atardecer, durmiendo sin carpas ni frazadas, bajo el amparo de un cielo estrellado. Verdad que la temperatura no era muy exigente, estaban en pleno verano; pero el invierno último también lo habían pasado así, durmiendo a lo gallo, pues la campaña fué cruenta y larga.

Aquel día reinaba en el campamento mayor animación que de costumbre porque un paisano, llegado precipitadamente, había traído una noticia de bulto: el ejército enemigo venía al encuentro de las fuerzas de Avalos, y al mediodía ya lo tendrían frente a frente, del otro lado del arroyo del Fraile.

—¿Cuántos serán?—le había preguntado el coronel.

—Más o menos, lo mesmo que nosotros,—contestó el paisano.—¡Si nos agarramos, coronel, va a estar lindo!

—¿Y no sabés quién es el jefe?

—El comandante Rosendo, porteño, mi coronel. Lo conocí por el ensillao. ¡Viera cómo se viene el comandante Rosendo! Monta en un flete tordillo que parece pintao, y qué apero, mi coronel! De plata las espuelas, de plata los estribos, de plata la cabecera e los bastos, de plata el freno; plata por aquí, plata por allá... parece un rejucilo!

Bajo la impresión de tan deslumbrantes detalles, Avalos comenzó sus preparativos. No era ciertamente con aperos de plata que lo iba a vencer Rosendo, pensaba. Ya se lo demostraría él más tarde. ¡Porteño pícaro! ¿Para qué andará luciendo tanto primor?

Y el severo coronel Avalos, de barba renegrida y mirar sombrío, reunió a sus cien centauros y les anunció el próximo encuentro.

—Afilen los sables, muchachos, y ajustenlén bien la cincha á los patrias. La de hoy va'ser dura y es necesario que se porteu.

La proclama de Avalos, lacónica y campechana, dobló el ardor de los milicos que ansiaban pelear cuanto antes. Las conversaciones se hicieron más animadas, con pullas y frases picantes para los contrarios. Carneóse el caballo más inservible de la tropilla, recrudecieron los fogones y el campamento adquirió un aspecto bullicioso.

A eso de mediodía, el soldado destacado de centinela, se acercó familiarmente al coronel.

—Don Avalos,—le dijo—me ha parecido sentir como si ya vinieran. Por allá lejos, siguiendo la oreja de aquel zaino, se divisa una polvareda; y son ellos seguramente.

Diez minutos más tarde el coronel se convencía. Eran, efectivamente, las tropas de Rosendo que venían en su busca.

Ya vería el porteño por dónde le iba a salir el tiro, pensaba Avalos. Llamó a sus soldados y les dió las órdenes del caso. No había tiempo que perder; así es que ensillaron rápidamente y esperaron al pie de las cabalgaduras la llegada del enemigo que se venía acercando.

Cuando las distancias se estrecharon los sobrios milicos provincianos pudieron ver con claridad el aspecto marcial de aquellas tropas. Eran, más o menos, cien jinetes, a cuyo frente se destacaba la figura del comandante Rosendo. El primero en divisarlo fué el paisano que trajera el parte aquella mañana.

—¿Lo ve, mi coronel? Es aquel tordillo que le brillan las cabezadas... áura le brillan también los estribos... ¿No le dijo que parecía un rejucilo?

Aquellos cien lanceros venían al galope dejando a sus espaldas una nube de polvo. Una cuadra antes de llegar al arroyo detuvieron la marcha, y entonces se vió al comandante Rosendo desfilar ante sus fuerzas, montando en su brioso caballo tordillo.

El sol caía en toda su violencia sobre aquel cuadro heroico, haciendo reverberar ante los soldados de Avalos, el bruñido apero del comandante porteño.

Tanto lujo en el ensillado debía provocar, naturalmente el comentario en las filas adversarias.

—Al primerito que me le viá'puntar va'ser al comandante—dijo uno.

—No hagas eso che—le contestaron—dejámelo pa mí que estoy necesitando un recao.

—No a'eser. Es un apero de comandante. Se lo hemos de regalar a don Avalos, pa que no tenga nada que envidiar a los porteños.

* * *

Los dos ejércitos permanecieron frente a frente, separados por el arroyo, cerca de media hora. La impaciencia empezó a cundir en uno y otro lado. Por fin, Avalos dió orden de montar a caballo, y ante esa demostración, Rosendo dió a su vez la orden de vadear el arroyo, que fué cumplida en pocos minutos, y, ambas fuerzas galoparon al encuentro.

Fué aquel un choque formidable. No se oía ni una voz de mando, ni un grito; nada más que el ruido de las armas y de los cascos de los caballos. Tal fué el encarnizamiento con que se atacaron que, una hora después, el campo estaba cubierto de cadáveres, y asimismo, los que quedaban en pie aun seguían luchando, abrumados por el cansancio y las heridas.

El sol declinaba ya en aquella tarde de verano y cuenta la tradición, que el comandante Rosendo y sus cien lanceros, y el coronel Avalos y su cien centauros, quedaban tendidos a ambas márgenes del arroyo del Fraile, mientras el gallardo flete blanquecino, con las crines al viento y el bruñido apero sobre el lomo, se alejaba, cortando campos, rumbo a su querencia.


EL CHAMBÓN

—¿Ese también anda buscando una tumba de Faraón?

Cruces y honores

Comentando un periódico italiano la desmedida general afición a los títulos honoríficos y a las condecoraciones (afición que, ciertamente, no es exclusiva de Italia), recuerda una anécdota y una frase poco conocidas.

He aquí la anécdota:

Un día que el rey Víctor Manuel II estaba cazando con algunos de sus chambelanes advirtió que uno de ellos no tenía fósforos para encender el cigarro.

—Yo tengo, toma—le dijo el soberano ofreciéndole su fosforera.

—Mil gracias, señor. ¡Jamás hubiera osado a pedírselo a Vuestra Majestad!

—Habrías hecho mal—repuso riendo el rey,—porque precisamente es una de las tres cosas que yo no niego a nadie.

—¿Se puede saber—se atrevió a preguntar el gentilhombre—cuáles son esas cosas?

—Son—contestó Víctor Manuel—un saludo, un fósforo y una cruz de caballero.

La frase es de Cavour.

Burlándose de la facilidad con que se concedían las cruces, solía decir: "Es preciso hacer una ley que declare caballeros a todos los italianos de veinte años para arriba, exceptuando a aquellos que reunan verdaderos méritos para serlo, a los cuales se les dispensará de usar el título y de ostentar la condecoración".

Origen del uso del incienso en las ceremonias religiosas

Es difícil precisar si el fundamento del empleo religioso del incienso estuvo en el fragante olor de dicha sustancia o en que desde muy antiguo se creyó en la virtud desinfectante de las especias quemadas.

El incienso desempeñó papel prominente en las ceremonias religiosas de los pueblos antiguos, entre ellos Egipto, Asiria, Babilonia, Persia e India. Los primeros cristianos lo empezaron a usar en las catacumbas de Roma para desinfectar aquellos recintos, que tanto tenían de templo como de necrópolis, pues sabido es que en las catacumbas se daba sepultura a los adeptos del cristianismo durante las persecuciones.

Necrología


Angela C. viuda de Oderigo, falleció el 12 de mayo de 1923.

EL TEATRO — CRITICA - GLOSAS - HUMORISMO

Tuvo buena acogida en el Liceo la pieza en tres actos de Samuel Eichelbaum "EL RUEDO DE LAS ALMAS", estrenada por la compañía José Gómez.

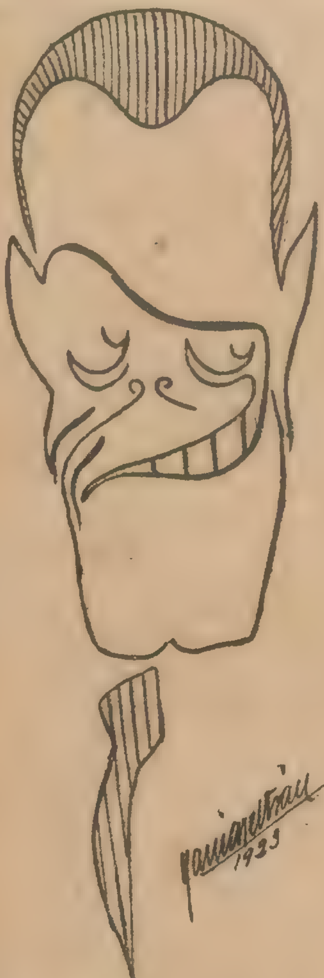
El autor de esta pieza ha escrito algunas buenas comedias, aunque generalmente incompletas o, por mejor decir, mal concluídas, tal vez por premura, impaciencia o desgano. Es lástima que así sea porque el señor Eichelbaum es uno de nuestros autores más estimables y de proyecciones más amplias.

"El ruedo de las almas" no es una comedia, ni un drama; es, simplemente, una serie articulada de escenas y más que de escenas, de diálogos, que al final pierden su articulación. Los terceros actos le son fatales al señor Eichelbaum.

No nos hemos explicado bien qué cosa es esa del ruedo de las almas, ni a qué cuento viene, pero hemos podido colegir que el pensamiento básico de la obra estriba en la tiranía irreparable que ejercen en el hombre y en la mujer las pasiones y hasta los apetitos carnales. Según el autor, ellos nos arrastran como furiosos vendavales y apagan todas nuestras luces: la inteligencia, la dignidad, los afectos, la conciencia, en fin, todas las fuerzas de meditación que tratan de someter o encauzar los fueros salvajes de la concupiscencia erótica.

La tesis es brava y merece aplauso la valentía de abordar ante nuestro timorato público burgués un tema que está ya definitivamente catalogado entre los que la pazguatería general denomina escabrosos, sobre todo para espectáculos públicos. Pero fuera de ello y de ciertos méritos de algunos diálogos, la pieza no tiene otra cosa que alabar. Sus principales fallas son las de ser inconexa y arbitraria. Los episodios están articulados caprichosamente y a veces la ensambladura es una simple aproximación. Queriendo hacer símbolos se ha quedado con muñecos. Los parlamentos resultan fatigosos y excesivamente argumentados, con más alambicamiento que ingenio y pasión. Por último tiene la enorme falla de abandonar en el segundo acto a los protagonistas y llenar el tercero con un conflicto nuevo que no llega a interesar más que en algunos momentos. Es, en resumen, una hermosa pieza frustrada por falta de meditación.

José Gómez encarnó con mucho acierto un papel que casi desconocía. Silvia Parodi, Gloria Ferrandiz y Gloria Bayardo, se desempeñaron muy bien, igual que Fregues, respondiendo los demás en forma encomiable.



Luis Arata, caricaturado por García Beltrán.

"LAS ESTATUAS", comedia en tres actos de Roberto Gache

Viendo "Las estatuas", estrenada en el Odeón por la compañía de Camila Quiroga, se recuerda que su autor lo es a la vez de un libro titulado "Baile y filosofía", pues la misma orientación ironista acusan ambos trabajos. El señor Gache, escritor culto y de elegante estilo, gusta de hacer ironía amable, a veces un tanto mordaz, traduciendo los aspectos ridículos de algunas gentes mundanas, entre las cuales, con frecuencia, florecen los prejuicios y las tonterías. La sociedad elegante suele ser un muestrario de estupideces humanas. Como se trata de vidas desocupadas, sin altos ideales, esas gentes se concretan a matar el tiempo aprendiendo a bailar, haciendo circular chismes o inventando formas de externar su vanidad. Por ejemplo, en "Las estatuas", el doctor Arrizábal (un doctor bastante ignorante), tiene la manía de patrocinar la erección de monumentos a héroes o aproximaciones de héroes. Su verdadero deseo es el de ser condecorado por el gobierno de Francia, que prodiga cruces. Una gran satisfacción parece que coronará su largo esfuerzo. Acaba de descubrirse que su bisabuela, Nicolasa Miranda, fué una famosa enfermera y cantinera de los ejércitos del general Belgrano. Y se trata de levantarle una estatua. Una Juana de Arco de ocasión se convierte en Nicolasa Miranda por virtud de una maniobra escultórica. Pero poco antes de descubrirse la estatua, viene otro descubrimiento: el de la criada, que descubre en el retrato de Nicolasa a su propia abuela. Es un buen efecto de humorismo, bien que en ese momento la comedia se acerque al sainete.

Al margen de las jugosas ironías que salpican las escenas, se suscita un episodio sentimental, sin importancia porque se prevé desde el primer acto.

Bien trazados están a nuestro juicio, los personajes del doctor Arrizábal, que encarnó el actor Olarra, y el del marqués de Montemayor, en manos del señor Serrano. Los demás nos parecen borrosos, sin perfiles salientes.

ERA UN AIRE SUAVE...

Prosiguen en su sitio "Los dos polos"
y siguen lo más bien, pues no están [solos,
les acompaña un público cuantioso
que noche a noche acude presuroso
haga calor o frío,
en la platea se deslíe
y ríe, ríe, ríe
cual la divina Eulalia de Darío.

CASAUX PIENSA ESTRENAR UN DIA

Lo mismo que llegará una ocasión en que todos los hombres sean buenos y todas las mujeres discretas, si es verdad eso de la evolución, vendrá también una noche en la que se modificará el cartel del Victoria, donde "En un burro, tres baturros" parece decidido a ganarse una cumplida jubilación. Para aquel remoto entonces, será estrenada una pieza de Hicken, el ingeniero teatral. Aún no tiene título, pero al autor le sobran para ponerla en escena.

CHIN-CHIN

¿Conocen ustedes la revista del chin-chin? Pero ¡cómo no! No les han entregado una noche a la puerta de un teatro un par de platillos, que han utilizado luego en la sala para hacer ruido acompañando un cuplé y de paso acompañando toda la función, fastuosa y entretenida toda ella?

En efecto, el teatro es el de San Martín y la revista "Arco iris". Es un arco iris teatral, un arco iris roto en muchos pedazos de colores de original brillo y encanto. Y la gente hace ¡chin-chin! con los platillos, mientras el corazón hace ¡tic-tac!, alborozado.

¡A LA UNA... A LAS DOS... A LAS...!

Y así estamos hace dos semanas, esperando que la empresa del Marconi diga ¡a las tres! y ponga en escena "El vértigo" de Meré que viene anunciándose como estreno inminente. Es algo así como el clásico cartelito del comerciante rana: "Hoy no se fía, mañana sí".

A CADA CHANCHO...

Sabido es que a cada chancho le llega su San Martín, que es la hora infausta en que debe dar cuenta al carnicero de su buena y pingüe existencia. Así es, en efecto, pues todos los puercos, incluso los puercos morales, entregan un día el rosquete y ven bruscamente desvanecidas las gloriosas jornadas de sus paraísos terrenales.

Hay en el cartel de la Comedia un chancho que vive feliz y confiado: "El cerdo de Avilés". Vive cómoda y holgadamente disfrutando del halago del público. ¿Le llegará también su San Martín? ¿Quién sabe! Pero bueno es dejar constancia de que se trata de un chancho de lo más decentito en su clase y que no gruñe ni hace porquerías. Sin duda se la van a dar algún día, pero a buen seguro que no ha de ser el público.

MARITIMAS Y FLUVIALES

Los "Náufragos" del Avenida llegaron a buen puerto. Vittone-Pomar los encontraron en alta mar, los metieron en su lancha de salvamento y los transportaron hasta la orilla, dándoles ropa seca y alimento caliente. Julio F. Escobar, patrón del buque, se portó bien y cosechó aplausos. No hubo ninguna desgracia que lamentar.

PATETICAS MISERABILIDADES

Los señores González Castillo y Camorero (o Camorero y González Castillo ¿no es así la cosa?), han escrito "a cuatro manos" un melodrama tierno y flojón titulado "Puerto Madero", estrenado por la compañía Muiño-Alippi. Hay en él un italiano borracho, gente que llora a lágrima viva, miseria, ideas subversivas y otras cosas emocionantes, que constituyen los ingredientes necesarios para obras de esta índole. Castillo sabe "cómo se hace un drama" y no puede ignorar cómo se hace un melodrama. Esta vez lo ha hecho, pero es un melodrama de baratillo o de liquidación. Con todo, produce su efecto en el público que tal vez sea lo único que se trataba de demostrar. Muiño y Alippi y sus elementos hicieron todo lo posible por excitar los nervios de la concurrencia, llegando a arrancar lágrimas incluso a un cronista que andaba esa noche resfriado.

"MALACARA"

Los señores Pecoits y Bellini se inician en la literatura escénica con esta piecita, que estrenó en el Apolo la compañía de César Ratti. Es una suerte de obrita policial, discretamente realizada, con un argumento exento de complicaciones, desenlazado con bastante acierto. Gustó al público, que aplaudió al caer la cortina sobre la escena final.

EN EL MAIPO

La compañía Mary-Morganti-Gutiérrez, en tren de renovar el cartel, ofreció una pieza de don Miguel Escuder titulada "Sin sangre y sin ruido". Es un poco difícil creer en esta pieza como expresión humana. Esa venganza extraña del marido ultrajado, puede ser un hecho aislado, que todo cabe así, pero no nos parece que pueda servir de ejemplo o tenga algún contenido ético. Se nos ocurre que hemos visto una novelita bien escrita en esta pieza del señor Escuder.

Su intepretación fué saludada con aplausos no muy entusiastas.

MAYO

La compañía de Manolo Casas está en vísperas de alzar el vuelo. Según se anuncia, aterrizará en la vecina orilla, en cuyo teatro Artigas iniciará una temporada con "La montería", y "Las glorias del pueblo", obras que aquí fueron repetidas muchas noches.

EL GAUCHO MATRERO IDEALIZADO

Por el Nacional, donde se ha retornado a las épocas ya históricas en que el gaucho llenaba el escenario criollo, hace las delicias de la gente ingenua el "Juan Moreira" que inventó Vacarezza dándole los aspectos más gratos al público. Están aseguradas cien representaciones... y algo más. ¡Viva el arte!...

BERTINI-GIOANA

Cansadas de danzar, las libélulas del Politeama han pasado a los jardines del archivo. "La chocolaterita", opereta sacada de la deliciosa comedia de Paul Gavaut, y "La princesa de las zcardas", fueron reprisadas con general aplauso y con mucho público. La primera novedad que se anuncia y que acaso se haya ya estrenado al salir esta edición, es "La bayadera", de Kalman.

DEBUTARA UNA COMPAÑIA NACIONAL EN EL FLORIDA

Según se viene anunciando, el viernes próximo hará su presentación en el escenario del Florida, una nueva compañía nacional constituída por la señora Angela Tesada. Parece que el director artístico será don Alberto Weisbach y parece también que debutará con dos obras rusas traducidas: "Celos", de M. Artzibachv y "Sol de aldea", de J. Gordica. Hacemos votos por el buen éxito de la nueva temporada, aunque tenemos nuetras dudas...

POR EL PORTEÑO

La tantas veces anunciada revista de Pelay, "El mundo en Kodax", título embozadamente picaresco, ha debido estrenarse por los elementos del Porteño a tiempo de cerrarse este número. De modo que no podremos hasta el próximo informar de los daños producidos por el accidente teatral.

FRANCO Y SIMARI

Si no se vino el mundo abajo al finalizar la anterior semana, el elenco de estos dos actores independizados de Arata desde esta temporada, ha debido dar a conocer una pieza de Collazo que ya anunciáramos vez pasada. Se trata de "Y el burro tocó la flauta". Haremos saber a nuestros lectores de las habilidades artísticas del notorio aludido.

CASINO

Perros actores, cerdos catedráticos y rusitos admirables, en curioso contacto, aparecen en el programa de esta sala cuyo cartel no puede ser más heterogéneo... Gentes y bestias en cálido contubernio.

GRAND SPLENDID

Las notables películas que anuncia la empresa para esta semana, han suscitado explicable interés de parte del sinnúmero de familias habitués de esta regia sala, una de las más grandiosas de Buenos Aires.

Es de suponer, pues, que el Grand Splendid estará en estos días "au grand complet", es decir, se repetirá lo de la semana anterior. El viernes, noche de moda, brillante reunión social.

CAPITOL

Continúa atrayendo buena gente esta sala, de antiguo crédito entre un núcleo de familias distinguidas. Nuevas cintas se preparan para ser exhibidas en esta semana y los espectáculos adquirirán así mayor relieve. El jueves, en matinée, función para los niños con vistas cómicas; por la noche, función de moda con estrenos notables.

PÁGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí







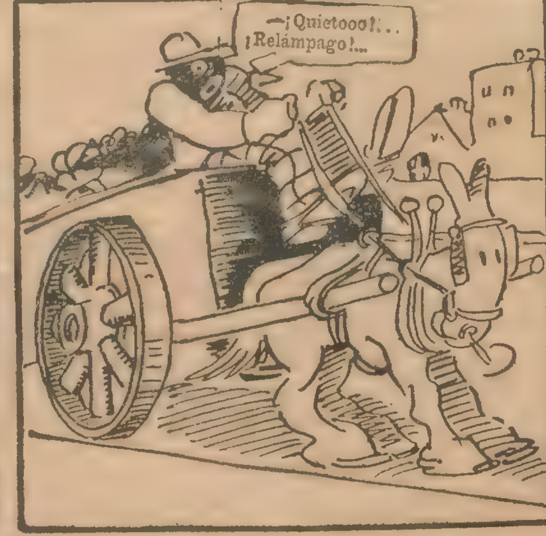




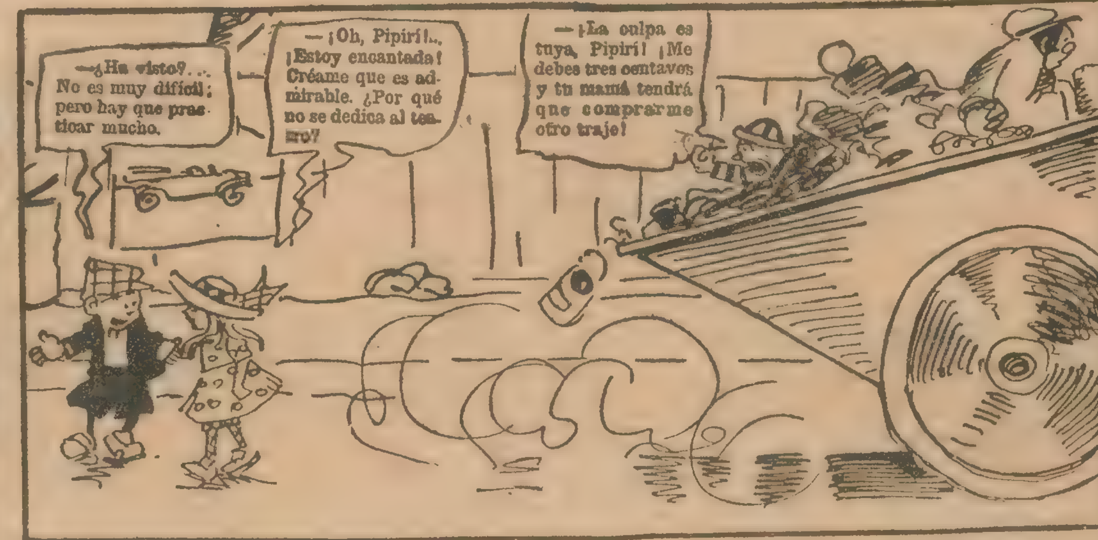












LOS BOTICARIOS.— Recuerdos y curiosidades

La farmacia es una gloria de España. Tal vez no sabía esto el primer autor festivo que nos pintó a todos los farmacéuticos como unos infelices, y como tontos de capirote a los hijos de todos los boticarios de los pueblos; pero ello es la verdad. Mientras en Francia, por ejemplo, no aparece reglamentada esta profesión hasta el siglo XIV, en nuestro país eran ya famosas en los siglos X al XII las escuelas de farmacia de Córdoba, Sevilla y Toledo, fundadas por los árabes. Alfonso "el Sabio", en 1252, dictó varias leyes concernientes a los farmacéuticos, y ochenta años más tarde, los establecimientos de éstos eran sometidos a una inspección oficial, que tenía efecto cada seis meses. De la misma época data uno de los primeros libros sobre farmacia, el "Liber secretorum". Las primeras disposiciones relativas a la venta de substancias venenosas se adoptaron en España, en 1403, y un español, Benedicto Mateo, fué el autor de la primera farmacópea (1457).

Por esta época ya había en la Península los llamados colegios de boticarios, cuya creación es anterior a la de las más antiguas academias científicas de Europa; habíalos en Madrid, en Barcelona, en Valencia, Zaragoza, Pamplona, Toledo, Sevilla y Tarragona, y los miembros de estos colegios fueron los primeros en adoptar, en 1441, un sistema de pesas uniforme.

Antes de que los árabes llevasen a España esta ciencia, cuya cuna colocan los autores en Bagdad, no había en el mundo occidental farmacias ni farmacéuticos. En la antigüedad, ni siquiera se conocían los medicamentos propiamente dichos; como remedios espleábanse algunas substancias cuya virtud conocían los médicos empíricamente, tales como el cerebro de camello, los excrementos de cocodrilo o el corazón de liebre. Andrómaco, contemporáneo de Nerón, que inventó la triaca, y Galeno, autor de varias fórmulas curativas, dieron el primer paso hacia la farmacia; pero ésta no existió como profesión hasta mucho después. Los médicos preparaban los medicamentos por sí mismos o mejor dicho, compraban los ingredientes en casa del herbolario y dábanlos a preparar a unos operarios consagrados a este oficio y que, por haberse establecido los primeros en la plaza Seplasia de Cápua, tomaron el nombre de "seplasarios". Los tales individuos no podrían equipararse ni al último mancebo de nuestras boticas, pues hacían su trabajo sin el menor conocimiento técnico, y consta que cuidaban poco de las proporciones de los ingredientes respondiesen con exactitud a la fórmula que se les entregaba.

Cuando la ciencia farmacéutica de los árabes penetró en Europa por España, y a poco por Italia, donde existían las escuelas de medicina de Salerno y de Nápoles, quedó durante mucho tiempo recuerdo de todo ésto. Los medicamentos fueron todavía vendidos por unos, que tomaron el nombre de "boticarios estacionarios", y confeccionados por otros, llamados "boticarios confeccionarios". Unos y otros necesitaban, para ejercer su profesión, un certificado de capacidad dado por las escuelas de medicina.

Al principio los estacionarios eran al mismo tiempo tenderos de comestibles. De aquí vino el que a las farmacias, en vez de este nombre, que viene del griego "farmakon" (medicamento), se les diese el de botica que significa almacén (del griego "apoteke"). El boticario en España, el "aphoticaire" en Francia, el "apothecary" en Inglaterra, era antiguamente el almacenista, no sólo de medicamentos, sino de todo. En las provincias de Levante aun se llama "botiga" a la tienda de pueblo donde se venden a un tiempo comestibles, quincalla y mercería.

En Francia, los boticarios y los tenderos de comestibles formaron por mucho tiempo un gremio único. Los de París, en el siglo XIV, tenían el sábado como día fijo para ponerse en el mercado, a la vez que los vendedores de hornillos, de artesas y de platos. Para la venta de medicamentos se les obligaba a jurar una porción de cosas, entre otras "vivir y morir en

EL ETERNO REIR

(Recital lírico, de carácter escéptico. Al distinguido intérprete de escena, Alemany Villa. Del libro en preparación: "Antífonas profanas".)

Mandarín de la risa, burdo clown de comparsa,
¡Arlequín!...
que en la orgía plebeya y en la clásica farsa
no haces más que reir...
y reir...
te esperaba en silencio, hace meses y meses,
escanciando en las ánforas de las negras locuras
mis brebajes y heces,
y llegaste del fondo sepulcral de un abismo
al clamor desvelado de ese atroz pesimismo
que corroe la entraña de este absurdo vivir;
tan supérfluo y absurdo
que semeja un sollozo epiléptico y burdo
cuando quiere, Arlequín,
con tu risa reir...

Con tu lívido rostro y a reir tú viniste,
yo sentía en mí mismo algo lóbrego y triste,
algo opaco y más negro que un abismo sin fin;
mas... gusté de tus farsas, tus orquídeas y vinos,
de tus músicas hondas que dan sueños divinos
y nos hacen reir...
y reí como un ebrio y bebí las lujurias
sibilantes y muelles y exquisitas del fuego,
de las báquicas furias,
del amor y del juego;
y en las áureas espumas de los sueños excelsos
y en los oros hirvientes de la copa rubí,
yo escancié rubias mieles, vinos rojos y besos,
y tu risa, Arlequín!...

Y después, tú te fuiste,—luna, llanto y pirueta—
tu te fuiste lo mismo que un errante poeta
que nos deja en sus versos su sangrante careta,
y hoy me siento muy solo y otra vez me circunda
este frío maldito y esta sombra que llega
silenciosa y profunda
con sus pasos de felpa, invisibles y quedos,
a poner en los ritmos que deshilan mis dedos
espectrales visiones y fatídicos miedos.

Hoy, los finos puñales de esta angustia que enerva
han clavado en mi cráneo su puntada proterva,
y este raro cansancio, Arlequín, que me embarga,
hoy lo siento lo mismo que una trágica carga;
y es tan malo su elíxir, tan sutil su veneno
que doblega mi frente sobre el polvo terreno;
y yo extiendo mis manos temblorosas al tacto
de los íntimos miedos,
¡y no hay nada, Arlequín, ya no hay nada!...
nada palpan mis dedos,
nada emerge ante el velo de mi oscura mirada;
solamente dilata su bostezo tardío
la noción inconsútil de este absurdo vivir,
de este dulce cansancio y este oscuro vacío
y este afán indecible de sentirme morir!

Arlequín: yo te espero otra vez otro año
con tu vino y tus rosas, tu perfume y tu engaño;
yo te pido que vuelvas con tu egregia balumba
porque siento un gran miedo a esa sombra profunda
cuando a veces, va en ronda
de redor de mi torre sensitiva y redonda,
yo deseo ahuyentarla cuando a veces, la veo
que en mi ser se desliza;
y por eso yo quiero que me vendas ahora
la virtud de tu risa.
En señal de buen gusto y en honor a este ruego
yo te entrego mi alma, Arlequín, te la entrego,
por tu risa gloriosa de impudor y de fuego.
¡Ah!... verás cómo entonces, mucho antes de irme,
cuando compre tu risa, tu gran risa, Arlequín,
tú verás cómo aprendo para siempre a reirme
en la farsa divina de tu eterno reir...

César Garrigós



la fe cristiana", "no maldecir de los médicos", "no enseñar a los idiotas ni a los malvados los secretos de la profesión" y "no suministrar pociones abortivas".

Un sin fin de disgustos surgidos en aquel doble gremio, fué la causa de que a fines del siglo XV se separasen los farmacéuticos de los comerciantes en géneros alimenticios, ejemplo que no tardaron en seguir los de otras naciones. Eso no fué óbice para que los primeros se llevasen el nombre común a ambos sin tener en cuenta su significado.

Acaso fué por entonces cuando un quidam preguntó al dueño de una farmacia: "¿Por qué os tituláis boticario?". Y el otro contestó: "Porque todo lo que vendo lo tengo en botes".

De las antiguas boticas podrían contarse particularidades muy curiosas. Los medicamentos no valían entonces según la dificultad que había en obtenerlos, sino según el tiempo que podían conservarse sin que se echasen a perder. Para ello había tarifas marcadas, y si al boticario le estaba permitido, por ejemplo, una ganancia de tres reales en las substancias que podía conservar un año, autorizábasele para ganar seis en las que sólo duraban seis meses.

Otra cosa interesante es el origen de la rebotica. Antiguamente no se llamaba así a la trastienda de la botica, sino a una cueva que había bajo ésta y que hacía de algibe para recoger el agua de lluvia, a fin de que a cualquier hora y en cualquier momento tuviese el boticario a su disposición el precioso líquido. El estado en que a veces salía de allí esta agua debió contribuir no poco a la mala fama que en un tiempo gozaron los boticarios, a quienes las malas lenguas reúnían con médicos y curas para ayudar a bien morir.

"Aquí yacen cuatro socios
que juntaron gran caudal:
un médico, un boticario,
un cura y un sacristán",

ha dicho, con más gracia que justicia, Martínez de la Rosa.

Oro y papel

El oro ha desaparecido. ¿Dónde está este preciado metal? ¿En las cajas de los grandes Bancos europeos? No; estos Bancos sólo poseen 1.500.000.000 oro, y si no vemos es por la sencilla razón de que está en poder de los Estados Unidos e Inglaterra.

Se dice corrientemente que la producción de oro está tasada. Pero, sin duda ha disminuído en cerca de dos tercios con respecto a la de antes de la guerra, a consecuencia de los altos precios que demanda su extracción y también con motivo del abandono casi total de las minas rusas, siberianas y finlandesas.

Pero las minas norteamericanas y sudamericanas, transwalianas y australianas continúan produciendo. Los yanquis tienen una producción de 110.000 kilogramos anuales, y los ingleses de más de 360.000. Aún hay oro en el mercado mundial, mas sus poseedores lo guardan cuidadosamente.

Por el contrario, si el oro no sale pronto a relucir, estamos amenazados de vernos envueltos en un mar de billetes cada vez más grande. La comparación de la cantidad actualmente en circulación en Europa con la de antes de la guerra, es digna de fijar la atención. He aquí las cifras por demás significativas.

En Francia, había en mayo de 1914 cerca de 16.000.000.000 en billetes de Banco; el encaje de oro ascendía a 4.325.000.000. Hoy hay más de 36.000.000.000 y el encaje no alcanza a 7.550.000.000. La circulación de billetes ha, pues, sextuplicado y el encaje apenas ha duplicado. En Bélgica en 1914, había cerca de mil millones en billetes garantizados por trescientos veinticinco millones. El encaje no ha sufrido variación, pero la circulación fiduciaria se ha sextuplicado. Italia, en 1911, tenía en circulación 3.000.000.000 de billetes y hoy posee 20.000.000.000. Grecia, 2.000.000.000 de dracmas; Rumania 14.000.000.000 de leis; Portugal, 7.050.000.000 de escudos; Yugoeslavia, 5.004.400.000 de dinars, y Checoeslovaquia, diez mil millones de coronas. En cada uno de estos países, las reservas de oro son hoy poco importantes; en encaje heleno es apenas de 1.400.000.000 de dracmas; el rumano, de cuatro mil quinientos millones de leis; el portugués, de 27.000.000 de escudos; el yugoeslavo, de 100.000.000 de dinars, y el checoeslovaco, de novecientos millones de coronas.

Las potencias vencidas en la guerra son, naturalmente, las que se encuentran en condiciones aún más desfavorables. Alemania, cuya circulación fiduciaria ascendía en 1914 a 2.000.000.000 de marcos, con reserva de oro de 1.000.000.000, tiene actualmente en papel 132.000.000.000, por 1.300.000.000 en oro. El erario austriaco, 13.000.000 de coronas oro, por 30.000.000 papel. En cuanto a Bulgaria, 60.000.000.000 de levas, con 3.500.000.000 papel.

Las potencias neutrales en la guerra han aumentado todas las reservas metálicas. Ha sido la emigración del oro de los países ex beligerantes, lo que les ha hecho relativamente ricos. La circulación fiduciaria española, que era en 1914, de 1.900.000.000 de pesetas, ha pasado a más de 4.000.000.000. Suiza tiene 800.000.000 papel de 275.000.000 el año 1914; Holanda, 1.000.000.000 de florines en vez de 315; Dinamarca, 440.000.000 de coronas en lugar de 157; Suecia, 582 en vez de 227, y Noruega, 380 en lugar de 200.000.000; para la reserva helvética ha pasado a 650 de 300.000.000, en 1914; la holandesa, a 800 de 179; la danesa, a 228 de 76; la sueca, a 274 de 108; la Noruega, a 147 de 141; la española, de 1.200.000.000 a tres mil millones.

Estas cifras bastan por sí mismas para testimoniar el espantoso caos monetario que han engendrado los cuatro años de guerra mundial. Este desorden que en 1914 nadie hubiera supuesto, es uno de los obstáculos más serios para el restablecimiento de la vida económica normal puesto que no influye directamente en los cambios. La cantidad de papel moneda en circulación, debe guardar proporción directa con la masa de bienes económicos existentes; esta es una antigua ley fundamental, tan cierta hoy como siempre. Mientras se desconozca esta ley, en tanto que el oro permanezca secuestrado en las cajas norteamericanas e inglesas y el papel invada todos los países, la situación monetaria del mundo no podrá experimentar mejoría.

La mejor obra de Balzac

Balzac vivió siempre abrumado de deudas, y aunque es de suponer que ello le disgustase, nunca le hizo perder su extraordinaria serenidad.

Cuéntase que un día fué convidado a comer a casa de un notario y que durante la comida se mostró menos comunicativo que de costumbre. El anfitrión hubo de advertirlo, y le preguntó la causa.

—Es verdad—contestó el autor de "Papá Goriot" — estoy preocupado. ¿Y cómo no estarlo si mañana es la fecha del vencimiento de una deuda y no tengo lo necesario para pagarla?

—¿Cuánto necesitais?

—Mil francos.

—Aquí están. Me los devolveréis con las ganancias de la primera obra que publiquéis.

—No—repuso Balzac;—con las de "la mejor" que publique

Y firmó un pagaré concebido en estos términos:

"Me comprometo a devolvèr al notario señor D... la cantidad de mil francos sobre el producto de mi mejor obra".

El pagaré durmió tranquilamente en la cartera del notario por espacio de tres años.

Apareció la novela titulada "Eugéne Grandet", y el señor D... escribió al autor: "Permitidme deciros, querido amigo, que vuestro último libro es una obra maestra, la mejor de vuestras obras".

Balzac se apresuró a contestar: "¿Creéis que ya me haya agotado? Esperad, y veréis".

Y pasó el tiempo, y al cabo de trece años el notario volvió a escribir: "Mi querido amigo: He leído "Les parents pauvres". Es la coronación del edificio; nunca más llegaréis a mayor altura".

Balzac contestó: "¡Todavía haré algo mejor!..."

Y quizá lo hubiera hecho, pero al año siguiente murió el ilustre escritor y, "naturalmente", sin haber pagado la deuda.

La suegra de los Balkanes

Así llama un periódico a la reina María de Rumania, que, como saben ustedes, es hija del duque de Edimburgo y prima de Jorge V de Inglaterra, a la que atribuye un plan ambicioso cuya primera parte se ha realizado ya felizmente.

El año pasado, largas negociaciones dirigidas por la reina dieron por resultado la unión del príncipe Carlos heredero del trono rumano, con la princesa de Grecia, y la del diadoco griego con la princesa Isabel de Rumania; verdadero "tour de force", porque la reina María tuvo que vencer la resistencia de Carlos a romper ciertos compromisos o lazos sentimentales y ganar la voluntad de la princesa Isabel, que no parecía sentir por el diadoco una excesiva inclinación.

Este año, como ustedes recordarán, se ha celebrado el matrimonio de otra princesa rumana con Alejandro de Servia.

La segunda parte del programa de la reina María, al decir de ese periódico, no desmerece de la primera.

La tercera princesa de Rumania está destinada, al menos en las intenciones de su madre, al príncipe de Gales, que no es "un mal partido" ciertamente.

En cuanto al segundo príncipe rumano, el joven Nicolás, se trata de elevarle al trono de Hungría.

Este príncipe, durante la guerra, lanzó la idea de cambiar el apellido de Hohenzollern-Sinmaringen por el de Popesco para borrar toda huella alemana en la dinastía.

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

Naranjos con sol

Una agonía de sol
en los dorados naranjos;
un suspirar de violetas
lánguidas, y un vuelo manso
de palomas, en el seno
oro y rosa del ocaso.
Una dulce, tenue música,
melancólica, sonando,
hace levantar el vuelo
a los adormidos pájaros
del recuerdo, y algo así
como un manojo de nardos,
un ramillete de rosas,
de agua un hilillo claro,
parece que me brotase
en el corazón nostálgico.
Paisajes con sol, arroyos
con luna, flores y cánticos
valles, crepúsculos rosas,
luz de los días lejanos,
(estampitas del recuerdo)
¿por qué don divino y mágico
os grabáis, nítidamente,
en el corazón romántico?
Reflejos de un sol de estío
dando un tinte de oro pálido
a los naranjos con flores,
leves brisas preludiando
un canto de paz, solemne
himno místico del Angelus,
¡cuán dulces, cuán melancólicas
vuestras dulzuras! Soñando
quédase, mi corazón
con los cariños lejanos.

Ramón VAZQUEZ.

Crepúsculo

Todo en silencio queda... Hasta en el cielo
el hada de la noche, vagarosa,
parece que escuchara una armoniosa
balada musical de un alma en duelo.

Suspende entre la fronda el raudo vuelo,
el ave que llegara presurosa
de la selva lejana y misteriosa,
donde hacia el aura conquistó su anhelo.

Y así, como esta tarde declinando,
sin atenuar siquiera los fulgores
que el astro moribundo va dejando...

Mi vida sigue hacia su ocaso rosa;
envuelta en los postreros resplandores,
de la tarde que muere silenciosa!

Néstor D. MENDOZA.

Esponsales

Te encontré en mi camino. A tu alma y la mía
las unió un mismo lazo de misterio y de amor;
tú me hilaste en la rueca de la Melancolía,
tus visiones amargas de crudeza y dolor.

Marchábamos buscando la misma fantasía,
iguales horizontes de gracia y esplendor:
aquel sagrado anhelo selló nuestra armonía,
amortigué la herida de nuestro sinsabor..

Corté un gajo de lauro, te lo ceñí a la frente,
sobre la mía puse toda la angustia hiriente
que me ofrendó la vida en mi eterno ambular...

El día que prosigas, solitaria, la marcha,
diluiré en mi frente los vestigios de escarcha
y me iré tras tu sombra para no retornar...

M. BENARÓZ.

En carne propia

El doctor Rómulo Arregui, sentado junto al lecho de su hijita Delia, trataba de contener los sollozos que pugnaban por salir de su garganta. Hacíalo para no alarmar con su angustia a su joven esposa, que a la cabecera, acariciaba amorosamente los rubios cabellos de la niña.

Una terrible enfermedad había hecho presa en el cuerpecito de la pequeña.

Los vastos conocimientos científicos del doctor Arregui, le hacían ver, en toda su desnudez, la terrible gravedad del caso. La operación era necesaria y urgente. Y ante esta idea un escalofrío recorría el cuerpo de Rómulo.

—¡Y si muriera!...

Y aquel médico, frío y altivo, el mismo que hundía el bisturí en las carnes de sus semejantes sin que un solo músculo de su rostro revelara la emoción; el galeno que no experimentaba ningún estremecimiento ante la macabra visita de la Intrusa cuando llegaba en busca de los enfermos, se encontraba ahora abatido, sin fuerzas suficientes siquiera para fingir un estado de ánimo que no permitiera exteriorizar su angustia.

* * *

Era un médico de fama mundial. Sus sonados y frecuentes éxitos trascendían fuera de los límites de su patria, y era reconocido como una de las figuras prominentes de las ciencias médicas.

Hombre resuelto y poco comunicativo, Rómulo Arregui carecía de corazón en el desempeño de sus funciones.

En las salas frías y desnudas de los hospitales su figura algo enigmática por la crudeza de sus facciones, era advertida con un oculto terror por los enfermos que veían en él no al hombre de sentimientos, sino al médico sin entrañas.

Mas todo su ser se transformaba una vez traspuesto el umbral de su hogar, al conjuro del cariño de su hijita.

Casado poco hacía, todo su amor era para la niñita, relegando a un segundo término a su esposa, con la cual se había unido no por obra del afecto.

* * *

En medio de la fría y desmantelada sala del hospital, sobre la blanca mesa de operaciones, el cuerpecito de Delia lucía su blancura inmaculada.

A su lado Arregui, vestido como un sacerdote de alba túnica talar, hacía oir en medio del impresionante silencio de la sala, el sonido de los instrumentos de cirugía.

Se hallaba solo, porque así lo había deseado. No quería que manos profanas tocaran al cuerpo de su hija. Fué en vano quererle convencer de la conveniencia de operar en compañía del doctor Cámela.

Y sus movimientos eran lentos, como queriendo así retardar el momento del suplicio.

. . . .

Mortalmente pálido, temblándole las manos, avanzó hacia la mesa con el bisturí en la diestra. Delia, cloroformada, parecía muerta.

Arregui se detuvo. ¡Era imposible! ¡No se animaba!

Desplomóse sobre una silla y con la cabeza entre las manos, rompió a sollozar. Pronto se repuso.

El peligro que corría su hija le dió valor y más decidido aún, llegó hasta rozar con el escalpelo la tersa piel de la niña. Pero retrocedió horrorizado.

Quedóse un momento paralizado como aniquilado por un oculto y fatídico poder, y después, temblándole convulsivamente los labios como al impulso de un íntimo coloquio, midió la sala a grandes pasos, perdida su mirada en quién sabe qué oscuras perspectivas.

Y acercábase a la mesa y retrocedía.

* * *

De pronto, llamando en su auxilio a todas sus fuerzas, golpeándole el corazón rudamente en el pecho, se decidió.

Apretando fuertemente el bisturí avanzó, y cuando se disponía a cortar, retrocedió nuevamente. ¡Era imposible! ¡Iba a herir la carne de su carne! ¡Iba a herir en carne propia!

Como un estertor, salió de su garganta un angustioso llamado:

—¡Cámela!... ¡Socorro!

Corrió con los brazos tendidos, desesperado, y abriendo súbitamente la puerta se abalanzó sobre Cámela, que esperaba el resultado, y tomándole de los hombros le gritó:

—¡Sálvela, por Dios!

Entró el médico seguido por dos practicantes; tomó lentamente el bisturí, se acercó a la mesa y con infinitas precauciones rasgó la carne; una carne endeble y fría; una carne sin palpitaciones... ¡blanca! ¡fría! ¡muerta!

Cámela dejó caer los brazos y exclamó:

—¡No hay nada que hacer! ¡Todo ha terminado! ¡Tapad el cuerpo!

Detrás de él resonó un grito horrendo que repercutió por los ámbitos del triste y solitario hospital.

Miguel GALLUZZO.

ARTE MODERNO



El joven modernista busca un nuevo título para el retrato al que acaban de acordar el premio para la mejor marina.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 19
Sábados: de 9 a 12

U. T. 436, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre . . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre „ „ 4.00
Año. . . . „ 9.00	Año. . . . „ 11.90	Año. . . „ „ 8.00
N.º suelto. . 20 cts.	N.º suelto. . 25 cts.	
N.º atrasado. 40 „	N.º atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Compañía Gral. de Fósforos. — Talleres ex Ricardo Radaelli, Paseo Colón 1266, Buenos Aires



MENDOZA, LA BELLA CIUDAD ANDINA



La calle Mitre.



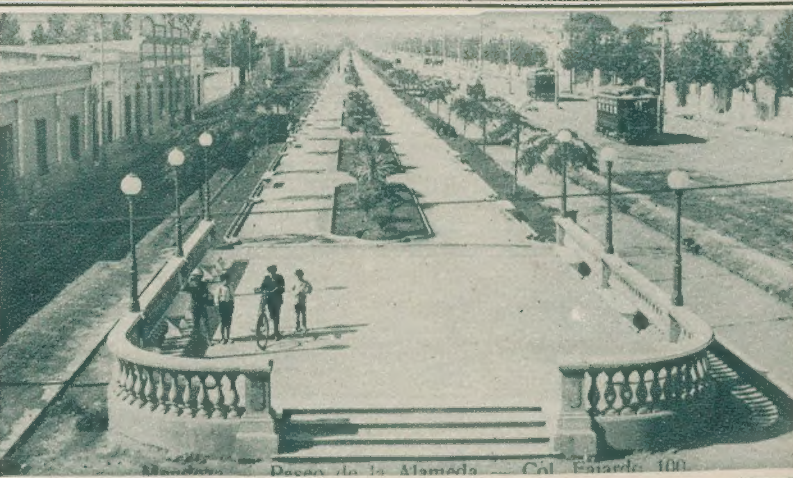
La calle San Martín.



La calle Necochea.



Un detalle del parque zoológico.



El paseo de la Alameda.